

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS
— SERIE ESPECIAL

FRANKIE
★ EDWARDS

JOHN

★

AYR

JEAN

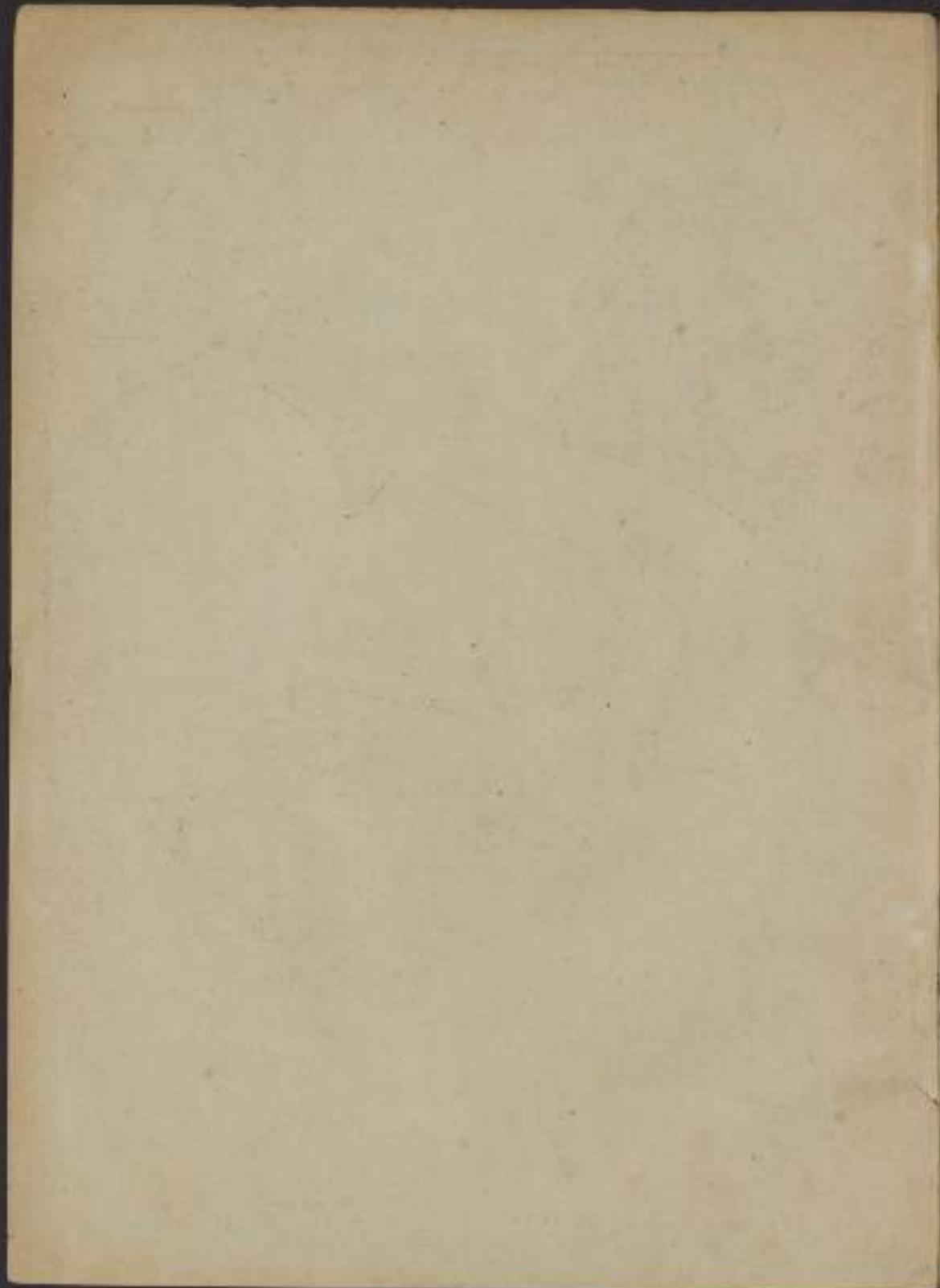
★

EVANS



Editorial Atlas

LA RUTA del ESTE





LA RUTA
DEL ESTE

Reservados los derechos de
traducción y reproducción

ARTES GRÁFICAS ESTILO

Valencia, 334 - Teléfono 70657

BARCELONA

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

Director propietario: RAMON SALA VERDAGUER

ADMINISTRACION Y REDACCION
APARTADO DE CORREOS 707 - BARCELONA

AGENTE DE VENTAS: Sociedad Ilicita Española de Ginebra
Barzana, 16, Boadilla - Torremocha, 4, Madrid

EDITORIAL
"ABAS"

▼ ▼ ▼

AÑO XX

SERIE ESPECIAL
NUM. 102

NUM. 351

LA RUTA DEL ESTE

La lucha de los hombres contra el mar y contra sus enemigos, mantenida con la crueldad y la nobleza impuesta por las circunstancias, motivan la pérdida de un buque mercante, cuyos supervivientes son dejados a la ventura en medio del Atlántico. Sin embargo, tras una serie de indescritibles proezas logran salvarse y salvar a los marinos que acuden en su auxilio.

S. A. DE CINEMATOGRAFIA
ESTRELLA AZUL
Calle de Aragón, 24
BARCELONA



ASOCIACIÓN ESPAÑOLA DE CINEMATOGRAFIA

Sucursales:

Aragón, 243 - Barcelona

Arguño, 4 - Sevilla

Gran Vía Germanías, 28 -
Valencia

Arenal, 23 - Madrid

Licenciado Pozo, 10 - Bilbao

PRINCIPALES INTERPRETES

<i>Capitán del «Leander»</i>	Capitán Kerr
<i>Capitán del «Jasón»</i>	Capitán Pycroft
<i>Griff</i>	Oficial subalterno Hills
<i>Camarero</i>	Franckie Edwards

Director:

PAT JACKSON

Narración literaria por
Juan Planas

UN BOTE EN ALTA MAR

Las olas, a las que el cielo encapotado daba un tono plumizo, coronadas de espuma, se agigantaban en un grandioso vaivén, como si quisieran alcanzar las nubes. El viento soplaba huracanado, despeinando las olas y aumentando la desolación del espectáculo que ofrecía el Océano en todos los sentidos.

Y a pesar de la furia desencadenada de los elementos, algo se agitaba en su superficie, persistiendo tenazmente en su lucha por continuar a flote. Era un bote, un ridículo cascarón de nuez si se le comparaba con la inmensidad marina.

Los hombres que lo ocupaban, a los que la exigüidad de la embarcación hacía parecer amontonados, resistían o incluso combatían los embates del mar, que les llenaba de agua el fondo de la embarcación, con la desesperada valentía del que se aferra a la última oportunidad de conservar la vida.

El viento arrastraba a lo lejos sus voces de ánimo, sus gritos de aviso, mientras que, incansablemente, se encorbaban, hundían los más heterogéneos objetos en el agua que inundaba la barca, los sacaban llenos y devolvían el líquido a las olas, que tornaban a meterlo en el bote.

Era una tarea agobiadora y los hombres estaban fatigados. El capitán, que empuñaba el timón con las dos manos, los vigilaba y,

cada vez que la energía de los marineros estaba a punto de apagarse, les voceaba animador:

—¡Seguid achicando, muchachos!

• • •

En tierra firme, en una habitación caldeada, tranquila y silenciosa, dos almirantes estudiaban un inmenso planisferio que ocupaba toda la pared de la habitación. Habían clavado en el mapa una serie de flechitas y siluetas de papel, que indicaban la dirección de los convoyes y la situación aproximada de los submarinos enemigos.

Ambos almirantes, terminada esta tarea, dieron una chupada a sus pipas, meneando la cabeza con aire de preocupación y de desencanto, que no tardó en ser expresado oralmente:

—Desconocemos todavía su posición—murmuró uno de ellos.

—Su radio se apagó antes de darnos detalles—le respondió su colega.

Callaron un momento, tras el cual siguió diciendo el almirante que había hablado en primer lugar.

—Tenemos una vaga idea, demasiado imprecisa.

El segundo almirante se aproximó al planisferio y lo estudió con una mueca de perplejidad.

—El barco debe pertenecer al S-39, alejado unas trescientas millas.

—Esta vez se ha quedado rezagado.

—Tendría alguna avería—supuso el segundo almirante.

El primero describió un círculo con un compás, cuyo centro era la silueta de un submarino, algo destacado de un grupo bastante nutrido de navas enemigas, y meneó la cabeza con expresión de lástima.

—Justamente en el centro del fregado.

—A buen sitio han ido a parar esos pobres diablos—suspiró el segundo almirante.

Su colega exclamó de repente, irritado:

—Poco después de recibir su último S. O. S., llegaron noticias de la posición de ese condenado sumergible, que sin duda armó allí el zafarrancho; y como sabemos donde está ese bandi-

do, es de suponer que el barco se halla dentro de su radio de acción.

Y agregó, dejando caer desanimado el brazo a lo largo del cuerpo:

—Este es el único dato concreto que posemos de la situación,

—El pobre diablo puede encontrarse en un punto cualquiera de ese círculo.

Una joven del Cuerpo Auxiliar Femenino se acercó al mapa con unas cuantas siluetas más, que fué insertando en él, según los datos contenidos en un parte. La situación se concretaba. El submarino aparecía casi rodeado de buques y los convoyes habían cambiado visiblemente de rumbo. El primer almirante lanzó una exclamación y estudió los papellitos, que fué señalando con la boquilla de su pipa mientras decía más animado:

—¡Tenemos al submarino casi copado! De todas maneras, desde el grupo A se han desplazado dos unidades de defensa para su caza, y si nuestras presunciones son correctas...

No completó la frase; pero la expresión de triunfo de su rostro era más que suficiente para dar a entender lo que callaba.

* * *

El mar, bajo el bote y alrededor de él, estaba en calma. El sol iluminaba a sus ocupantes, vivificándolos con su grato calorillo. Los marineros daban señales de buen humor y hablaban entre sí, mientras el último de ellos cogía los alimentos repartidos por el cocinero.

—¡Eh! ¡Luz de proa! ¿Tenéis todos vuestras raciones?—preguntó el capitán.

Contestaron a una y empezaron a comer, cosa que hacían con dificultad, pues, a causa del frío del día arañador y el continuo contacto con el agua, tenían los músculos atordados y sus dedos no lograban cerrarse sobre los manjares.

—Dentro de poco os daré una tirada de ciruelas—avisó el capitán—y no os olvidéis de tener el hueso en la boca, porque yo sé por experiencia que eso entretiene la sed.

Los marineros movieron afirmativamente la cabeza. De pron-

to, el cocinero, que engullía sus alimentos con tan buen apetito como el resto de los naufragos, lanzó un grito de entusiasmo:

—¡Ya me vuelve a funcionar la moliera, capitán! Cuando estalló el torpedo, me fui a huronear por la despensa y, antes de que se hundiera el barco, me encontré en las manos ciertas cosas muy coquetonas.

Se inclinó y abrió el cajón sobre el que había estado sentado. Sus compañeros le miraron con avidez, con cierta curiosidad infantil.

—¡Dos botellas de cerveza!—añadió el cocinero empuñando su botín.

Todos le felicitaron por su suerte y el cocinero entregó las botellas al capitán. Pero sus hallazgos no habían terminado, pues volvió a inclinarse, exclamando:

—¡Dos latas de sardinas! Si la cerveza da merluza cruda, puede freirse con el aceite de sardina.

Una vez hubo recibido las dos latas, el capitán preguntó al carpintero, que ocupaba la parte más extrema de proa:

—¿Cómo anda el enfermo ahí delante, «Virutas»?

Este contempló a un hombre, tendido a su lado, cuya cabeza estaba rodeada de una venda sucia de sangre; era indudable que todavía estaba sumido en la inconsciencia.

—No se encuentra mal del todo, señor—respondió «Virutas».

—Bien; ponle lo más cómodo posible.

Mientras el carpintero arrojaba con unas mantas al herido, los demás habían terminado su frugal comida. El carpintero se encaró con un hombre de colosal tamaño. Sus brazos hercúleos surgían desnudos de un salvavidas. Era, a todas luces, un fogonero. El camarero, un chiquillo de catorce años, adelantándose a «Virutas», preguntó:

—A propósito, ¿qué les ha ocurrido a los otros muchachos?

—Tú que estabas allí, Bob, cuéntale lo ocurrido—invitó el carpintero al coloso.

Este no se hizo de rogar. Dió una chupada a su apagada cachimba y los demás prestaron atención a su relato.

—Yo estaba plantado en el centro del barco cuando nos arrearón el martillazo... Pues... salí disparado en busca de mi pipa y mi reloj; ya sabes, el reloj que compró mi mujer, aquel que te

conté, con el dinero del seguro de mi viejo... ¡Por los clavos de Cristo, si yo regreso sin el reloj, mi mujer me zurraría la badana, convencida de que lo había transformado en cerveza!...

Todos lanzaron una carcajada a esta salida. Cuando reinó nuevamente el silencio, Bob prosiguió su narración:

—Pues bien; subí a la cubierta y, cuando llegué al bote, la mitad de los chicos estaba dentro y la otra mitad en la escalera... y apareció el submarino. No sabía yo lo que iba a pasar; pero pronto se armó la gorda al empezar él a hacer fuego...

Muchas manos se crisparon; los marineros mascullaron unos juramentos al recordar la escena nombrada por Bob...

—Se caían de la escalera como higos maduros; acribillaron a los del bote. Se hundió el buque y fui arrastrado con él, porque tenía la pata enredada en algo. Bajó, bajé, bajé; sentí la presión en mi costillaje y en mis orejas y pensé: «¡Aquí revientas!» Creo que lo que reventó fueron las calderas y sali disparado como un cohete. Abrí los ojos como naranjas, y a medida que subía veía el cielo abierto... ya sabes, me refiero a la superficie del agua. Y cuando llegué arriba, ¡Dios mío! Parecía un pez volador y por poco me doy con el alero de un tejado. ¡Miré a mi alrededor y sólo vi manchas de aceite! ¡Y ni una condenada alma a la vista!... Me gustaría echarle el guante al que nos disparaba... ¡Y rociar a esa asquerosa piltrafa con la ametralladora!...

Los gruñidos de los demás indicaron que compartían la opinión de Bob. Hubo una larga pausa, en la que cada cual se entregó a sus pensamientos. Luego, el capitán, que había estado estudiando un mapa, conservado en un tubo impermeable, con la ayuda de un compás, levantó la cabeza y empezó a decir:

—Bueno, muchachos; la situación no es de color de rosa; pero podía ser mucho peor. No podemos mandar ningún S. O. S., porque la radio voló hecha pedazos. Según mi último cálculo, estamos a mitad del camino, lo cual quiere decir a unas mil millas de la tierra más cercana...

El capitán estudió la reacción de sus hombres. El contraalmirante se apresuró a contestar:

—Era de esperar que el submarino no nos atacara a media milla de la costa.

—Hasta ahora, ésta es la parte negra del cuadro—prosiguió

el capitán—; pero no olvidéis que no estamos muy lejos de la ruta de los convoyes. Y aquí, el joven «Chispas» tiene un aparato que con sus S. O. S. puede cubrir un radio de doscientas millas, ¿verdad, Duncan?

Duncan, el telegrafista, apodado «Chispas», acarició la superficie de una especie de maleta de cuero que tenía entre las piernas y dijo:

—Sí, señor. Mi aparato funciona con pilas, y mientras hay pilas hay esperanza.

—¿Qué es lo que dice usted, señor?—preguntó el timonel.

—Rumbo a Irlanda. Es de esperar que los vientos reinantes y la corriente del golfo vayan a nuestro favor—respondió el capitán.

—Bien, muchachos, camino de Irlanda, ¿eh?—gritó un marinero.

—Ésta es la ocasión para un poco de música—aseguró Bob.

—Izad la vela, muchachos, que ésta es la partida—ordenó el capitán.

Clavaron el mástil y desplegaron la roja vela, acompañados por los sonos de una armónica, a los que corearon con sus cantos.

EN TIERRA

En un muelle del puerto de Nueva York se procedía a la carga de numerosos barcos. Aviones, tanques, camiones y motores eran introducidos en las embarcaciones con la ayuda de gruesas grúas, que trabajaban incansables.

En la cubierta de uno de los barcos, en cuya popa estaba pintado el nombre de «Leandera», había dos hombres jóvenes, uno de los cuales lucía una copiosa barbita negra. El capitán del barco se reunió a ellos y dijo amistosamente al de la barba:

—¡Hola, mister Rogers! Voy a tierra; volveré dentro de un par de horas... ¿Bien de flotación?

—Todavía bascula de proa unos pies—contestó Rogers.

—Un poco peligroso, pero no lo podemos evitar. Haga lo que pueda.

Y el alegre capitán añadió:

—¿Hay cartas o cables?

—No; ya se han mandado.

—¿Quiere algo?

—No, gracias.

—Está bien—dijo el capitán descendiendo al muelle y alejándose.

El hombre de la barbita, Rogers, tenía el cargo en el «Leandera» de representante del Gobierno para ayudar a resolver difi-

cultades. Como su ocupación principal consistía en vigilar el embarque del material bélico, estuvo apoyado en la borda, contemplando el ir y venir de las grúas, hasta que el primer oficial se le acercó anunciando:

—Ya está el cargamento completo, jefe.

—Bien—contestó Rogers—. Mire a Griffis ahí bajo. Cuidá más de su cañón que una gallina de sus polluelos.

En la proa del «Leander» había montada una pieza artillera que en aquel momento manipulaban unos hombres dirigidos por un oficial subalterno, diminuto y de rostro luchador. El primer oficial lanzó una carcajada y se acodó en la borda diciendo:

—Es un hombre muy meticuiloso, jefe. No le gustaba el cierre y mandó a buscar uno nuevo. Dijo que, al disponer de un solo cañón, quería estar seguro de que funcionaba bien.

—Esperemos que no tendrá que usar el concondato—murmuró Rogers.

Un marino uniformado pasó ante ellos en dirección de la pasarela del «Leander».

—¡Hola, «Chispas»!—saludó Rogers—. ¿Ha conseguido el ácido para sus baterías?

—Sí, estará a bordo dentro de media hora, jefe—contestó el telegrafista.

—¿Se ha acordado de mi tabaco?—preguntó Rogers.

—Sí, le costará medio dólar.

—Bien, le invitaré a una copita en cuanto atraquemos al otro lado—prometió con acento burlón Rogers.

—¡El cuento de siempre!—refunfuñó el telegrafista entrando en el buque.

Sus dos interlocutores lanzaron una carcajada que apresuró la marcha del telegrafista. Cuando dejaron de reír, el primer oficial preguntó con cierta ansiedad:

—¿Tiene idea de cuándo partiremos, jefe?

—Mañana, probablemente—respondió Rogers—. El viejo está en plena conferencia ahora.

El «viejo», como irreverentemente llamaba Rogers al capitán del «Leander», estaba efectivamente en la sala de conferencias del Almirantazgo. En torno a la mesa, que presidía un oficial de alta graduación, había distintos capitanes de barco, cuyos curti-

dos rostros estaban vueltos hacia el comodoro del convoy, que en aquel momento tenía la palabra. Los capitanes tomaban nota, entre chupada y chupada a la pipa, de las indicaciones del comodoro, el cual decía:

—Si alguno de los buques tiene avería en las máquinas, no olviden que estamos todos para ayudarnos mutuamente. Háganme señales y procuraré reducir todo lo posible la velocidad del convoy para que puedan efectuarse las reparaciones necesarias y evitar que el de la avería quede rezagado. Eso es todo lo que tenía que decirles, caballeros. Estoy complacido de ser su comodoro y espero que tendremos una apacible travesía.

El orador se sentó y cambió una mirada con el alto oficial que presidía la conferencia. Este se puso de pie y preguntó:

—¿Hay algo que objetar a esto, caballeros?

—Sí, señor—contestó el capitán del «Leandera» levantándose—. No me hace feliz la reducción de velocidad. Mi barco anda muy sobrecargado de proa y es muy posible que sea poco gobernable navegando a menos de unos seis nudos por hora. Con la carga de cubierta que llevo, si me sopla un viento fuerte de bodega, tendré un trabajo de mil demonios para mantenerme en posición.

El comodoro intervino para tranquilizar al capitán del «Leandera».

—Sí, capitán. Le aseguro que no reduciremos la velocidad ni un minuto más de lo necesario. Si se encuentra ballando como una campana, dígamelo por señales y yo le diré lo que tiene que hacer.

El capitán del «Leandera» se sentó aliviado por la noticia de que cualquier irregularidad en la navegación no se debería a su culpa y el comodoro se retrajo en su asiento, paseando una humorística mirada sobre los circunstantes, ninguno de los cuales tuvo nada que decir.

Nuevamente, el oficial que presidía abandonó su silla y anunció indicando a un marino que estaba a su derecha:

—Ahora, caballeros, el primer oficial de la escolta les hará algunas advertencias.

El primer oficial se inclinó, diciendo:

—Buenas tardes, caballeros... Para cooperar bien con la escolta es preciso no rezagarse ni adelantarse, pues no puedo des-

plazar fuerzas para defender un solo barco fuera de su posición, debilitando de esta forma la protección del resto del convoy...

Y durante unos minutos siguió dando explicaciones que podían reducirse a las advertencias siguientes:

En primer lugar, los capitanes de los barcos del convoy habían de procurar que no fuera perceptible el humo de las chimeneas de sus buques, porque, dada la visibilidad en alta mar, podía advertirse tal prueba de su presencia desde unas cincuenta millas de distancia, y mucho más si se empleaba para ello los poderosos y perfeccionados periscopios ultramodernos.

También se relacionaba con las chimeneas del consejo de que éstas estuvieran perfectamente limpias al atardecer, hora escogida por los submarinos para averiguar el rumbo de los convoyes, a los que solían atacar de noche. El descuido de un fogonero implicaba que las pavesas y la carbonilla, o bien los residuos de la combustión del aceite pesado, produjesen un resplandor cuya altura variaba, pero que era más que suficiente para comprometer la salud de todos los tripulantes.

En caso de que las embarcaciones de carga descubriesen la presencia de un submarino, tenían la orden de disparar rápida y nutridamente, puesto que, si no le acertaban los proyectiles, por lo menos las balas trazadoras servirían para indicar su posición a la escolta, que intervendría inmediatamente.

—Finalmente—concluyó el jefe de la escolta—, si se desarrolla un ataque en serio, no nos olvidemos de esto: los comandantes de submarino no entran en acción con el corazón muy alegre. Para ellos es un momento de extrema tensión, y si en ese crítico instante pasamos nosotros a una fuerte ofensiva, debilitamos su resolución y probablemente se marcharán sin insistir en su ataque... Conque, caballeros, la escolta hará todo lo posible para una travesía feliz y una puntual llegada, pero necesitamos su cooperación.

El jefe de la escolta ocupó su butaca; el presidente exclamó:

—¿Hay algo que objetar?

Ninguno de los capitanes se movió. Los conferenciantes siguieron fumando imperturbables. El presidente se felicitó por su mutismo y comunicó:

—Si no hay preguntas que hacer, el jefe de la protección

aérea les detallará el apoyo que sus fuerzas aéreas de base terrestre prestarán al convoy.

Se levantó un hombre joven, de aspecto vigoroso, que explicó inmediatamente:

—Caballeros, desde este fado tendrán «Hudson» buscando submarinos durante las primeras cien millas. De las seiscientas a las ochocientas habrá «Liberators» y «Fortalezas Volantes». Sería conveniente que estudiaran ustedes las siluetas de las «Fortalezas Volantes» y de los «Focke-Wolfs», porque si tienen la mala suerte de toparse con un «Focke-Wolf» sabrán apreciar la diferencia.

Hubo una apagada carcajada. A continuación, el jefe de las fuerzas aéreas de la escolta entró en una serie de explicaciones sobre las diferencias existentes entre los mencionados aparatos alemanes y los norteamericanos, con lo cual finalizó la conferencia.

Al amanecer del día siguiente, los destructores abrieron la marcha del convoy surcando el mar dormido, rasgando la niebla precursora de la luz solar.

• • •

El convoy navegaba por el Atlántico, muy agitado, constituyendo una interminable hilera. Ya había pasado buena parte de la mañana. Los destructores marchaban a vanguardia, a gran velocidad, y los buques mercantes no se quedaban a la zaga.

En el «Leander», la tripulación descansaba. Rogers recorría todo el barco, cambiando palabras con los tripulantes con el objeto de averiguar el estado de su moral, que era espléndida. Finalmente sacó la cabeza en el camarote de Griffis, el oficial subalterno, quien estaba paladeando una taza de té.

—¡Hola, Griffis!

—¡Hola, señor!—contestó el marino poniéndose de pie.

—Sientese—le suplicó Rogers—. ¿Ya está usted aclimatado?

Griffis, imitando el gesto de Rogers, lanzó una mirada circular al camarote, no muy lujoso en verdad, pero limpio y confortable. En los tabiques había unas fotografías recortadas de algunas revistas.

—Sí—respondió Griffis a la pregunta de su superior—. Una

cabina entera para mí y muy cómoda, señor. Estoy viviendo como un príncipe.

—Bien—aprobó Rogers sonriendo ante el entusiasmo del hombrecillo.

Este acabó de consumir su taza de té y lanzó una ojeada al interior de la tetera, tras lo cual ofreció:

—Ya que está aquí, ¿quiere tomar una taza de té, señor?

—Sí, gracias; la tomaré.

Griffis cogió la única taza disponible, o sea la que él había utilizado, y se levantó, murmurando:

—Voy a lavar la taza.

—Ya está bien—aseguró Rogers con afabilidad—. Lo tomaré así mismo.

Aquel rasgo de camaradería emocionó a Griffis. Escanció té en la taza, echó azúcar y se la entregó al jefe de navegación. En cuanto éste hubo bebido un sorbo, preguntó:

—¿De cuántos tubos dispone usted en cubierta?

—De diez.

Rogers apuró de un trago la infusión y se encaminó a la puerta, desde donde dijo:

—Perfectamente. Gastaremos la mitad de ellos mañana, por la mañana, en prácticas de tiro.

Iba a salir cuando Griffis exclamó bastante azorado:

—¿Cuánto tiempo calcula usted que durará la travesía, señor?

—Aproximadamente unos dieciséis días.

—¿Dieciséis días?—repitió Griffis meneando la cabeza—. Eso será un poco justo.

—¿Por qué?—se extrañó Rogers.

—Se cumple el aniversario de mi boda dentro de dieciocho días—explicó Griffis—. Durante los últimos veinte años he intentado llegar a casa para celebrarlo. Hasta ahora no lo he conseguido y me parece que esta vez seguiré la costumbre.

Su rostro denotaba tanta preocupación, que Rogers tuvo que hacer un esfuerzo para no lanzar una carcajada. Todos los marineros se encontraban siempre en la situación de Griffis, es decir, tenían que celebrar algo, pero acostumbraban a llegar tarde. Rogers disimuló su hilaridad, diciendo apresuradamente:

—Bueno, en su obsequio procuraré acelerar la velocidad del convoy.

Griffis tomó la promesa en serio y contestó con aire de alivio:

—Gracias, señor. Si lo hace y sale bien, se lo agradecerán mis costillas.

Y se frotó significativamente la parte de su cuerpo mencionada, de lo cual Rogers hubo de colegir que la señora Griffis, a pesar de las prolongadas ausencias de su esposo, sabía refrenar su amor para dar suelta a la energía acumulada durante la prolongada espera.

Casi simultáneamente con esta conversación, los supervivientes del «Jason» estaban efectuando el importante rito de dar y recibir sus raciones. Estas eran muy exiguas, cosa que a algunos les hacía fruncir el ceño muy preocupados. Pero la mayoría, en vista de la benignidad del mar y de la brisa, que hinchaba la vela e impelia al bote a una velocidad satisfactoria, estaba de muy buen humor.

Bob era el que llevaba la voz cantante en las bromas cambiadas por los náufragos. Sentado junto al herido, a quien la fiebre consumía, le interpelaba afablemente, intentando inyectarle su optimismo, mientras su amplia mano servía de plato a su ridícula porción de alimento.

—¿Qué tal te encuentras, Larson?—decía al herido con su voz atronadora—. ¡Un poco mejor! ¡Qué infierno de vida! ¿no es cierto? No tardaremos mucho ahora... ¡Todavía tienes cuerda para rato!

Sus camaradas le dieron la razón; pero el herido dejó caer desalentado la cabeza sobre las rodillas del timonel. Bob engulló, en un abrir y cerrar de ojos, su ración, se frotó las manos y propuso:

—Ahora vamos a cantar lo otro... Lo del mercado de persianas... ¿Cómo demonios se canta eso?

Se acordó finalmente de la letra, enarboló sus tremendos puños y rompió a cantar, coreado por sus compañeros. La letra de la canción era muy chusca y terminaron riendo, mientras el capitán bendecía a Bob por su inalterable buen humor, que tanto le ayudaba a conservar la moral de sus hombres. Una vez el co-

loso cerró la canción con unas estrofas enérgicas, exclamó satisfecho:

—Yo mismo inventé la letra.

Y percatándose de que había un ocupante del bote, sentado junto al capitán, despeinado, pálido y melancólico, Bob le apostrofó:

—Pero, ¿qué diablos te pasa?... ¿Acaso no te has zampado tu comida? ¿No te has tragado tu gallota y tu... y tu...? ¿Cómo se llama?

—Leche maltada—le apuntó uno de los marineros.

—Sí, leche maltada...—dijo con aspecto de repugnancia—. ¡Tu leche maltada! Pareces un accidente buscando dónde ocurrir... Cartemos algo de Liverpool.

La proposición de Bob fue inmediatamente aceptada y todos aullaron la picaresca letra de la canción. Incluso alguien empezó a tomar una armónica, con lo que la alegría aumentó.

Nadie hubiera dicho que la muerte acechaba a aquellos hombres, que parecían hallarse disfrutando de un día de sueto. Pero, no obstante, como desmintiendo su indiferencia ante el peligro, Duncan, el telegrafista, continuaba lanzando al éter, mediante su aparato telegráfico, una angustiada petición de socorro.

Pero su S.O.S. se perdía en el espacio. Los telegrafistas del convoy no lo podían captar. Estaban demasiado lejos para ello. Además, muchos estaban repasando sus aparatos, como ocurría en aquel momento al del «Leandera», que se enfrentaba consternado con su transmisor.

—¡Diantre! Eso no me sale—gruñó soltando la palanqueta de pulsación.

—¿Qué tienes hasta ahora?—le preguntó su auxiliar.

—Raya, raya, raya, E, raya, T.

El segundo telegrafista se encogió de hombros y siguió clavando en la puerta la fotografía de una muchacha.

—Conmigo pierdes el tiempo—contestó finalmente—. No tengo la cabeza para eso.

Dió un paso atrás para contemplar su obra y el primer telegrafista se mesó el pelo, acusándole de su indiferencia:

—Un pez sin cola y un pescador sin cabeza hacen buena

pesca. Te diré una cosa: lo que necesitamos son aires de nuestra tierra.

Y agregó, volviendo a su aparato:

—Arreglé este cacharro ayer. Vamos a ver si funciona.

Durante un rato reinó el silencio. La llamada del telegrafista del bote se interfería en la emisión del «Leander», haciéndola carraspear y vacilar. El telegrafista del buque estaba furioso e iba a abandonar los aparatos cuando la voz de Rogers sonó en la puerta:

—¡Hola, muchachos! ¿Hay algún boletín del tiempo hoy?

—Todavía no—contestó el segundo telegrafista.

El primero se puso los auriculares y prosiguió moviendo las clavijas. Rogers comprendió su apuro y le hizo quitarse los auriculares para que escuchase música de baile.

El cielo se fué encapotando paulatinamente y el mar se encrespó. Había llegado el momento de hacer pruebas con los altavoces y los aparatos de radio, cosa necesaria por el hecho de que los buques del convoy se iban distanciando.

En el destructor que encabezaba la comitiva de embarcaciones, el comodoro cogió el micrófono y aguardó la señal de un avión que revoloteaba sobre el convoy. Cuando el piloto del aeroplano habló desde el aire, su voz pareció llenar todos los confines marinos.

—Atención, «Bacalao»—decía el aviador—. ¿Quieres probar mi recepción?... Espero que me oigas bien.

—William, tres, cero, cinco. Aquí «Bacalao» oyéndote fuerte y claro—contestó el comodoro—. ¿Cómo me oyes a mí?

Prosiguieron hablando durante unos minutos, empleando para ello expresiones capaces de desorientar al más astuto de sus enemigos, hasta que quedó completamente establecida y afinada la comunicación, después de lo cual el aviador interrumpió el coloquio.

De aquella manera, los aviones podían avisar a gran distancia al convoy de la presencia de submarinos o de cualquier otro hecho anormal, como, por ejemplo, el descubrimiento de un bote salvavidas perdido en alta mar...

LA LUCHA CON EL MAR

El capitán del «Jason» lanzó una mirada a la vela que colgaba flácida; luego al mar, que parecía una balsa de aceite, y por último fijó los ojos en el mapa, que tenía desplegado sobre las piernas.

—Anoche tuvimos muy buena brisa, pero esta mañana ha aflojado el viento—comentó, calculando las distancias sobre la carta marina—. Pongamos dos y media y dos y media... Llegamos a sesenta. De la posición de ayer, ahora estamos aquí.

Los hombres se apartaron del capitán, que enrollaba y guardaba el mapa en su estuche impermeable. Ya no había risas en el bote salvavidas, sino una ansiedad enorme. Bob se encargó de expresar, aunque en su habitual tono humorístico, este pensamiento general:

—Por lo visto, nadie quiere tratos con este condenado océano.

El capitán, recogiendo las palabras de Bob, se encaró con el hombre de gran melena, que se sentaba junto a él.

—Ese sería un bonito artículo para su periódico, señor Russell.

—¿Me lo dice usted a mí?—gimió el periodista—. Lo difícil será que llegue a tiempo a la imprenta. Todo esto es muy nuevo para mí. Hace años que no navegaba a vela.

—Bueno, ahora tendrá ocasión de recuperar el tiempo perdido—replicó Ted.

Duncan cerró de golpe la tapa de su aparato de telegrafía, anunciando:

—Eso es todo por hoy. ¡Ojalá alguien nos haya oído esta vez! Fred, el cocinero, le cogió del brazo y le suplicó:

—¿Repetimos el numerito. «Chispas»? No se sabe nunca qué orejas nos escuchan.

Duncan apretó los labios. Sabía tan bien como sus compañeros que en el aparato residía su última esperanza; pero no debía ser tan impaciente como ellos. Pero el capitán, comprendiendo que, en realidad, era indiferente emplear el aparato a horas determinadas o en el momento que fuese, y que además el tecléo era necesario para animar a los marineros, le ordenó:

—Anda, «Chispas», dale otra de propina.

—Hace dos minutos que estamos transmitiendo y me temo que a este paso las baterías quedarán pronto exhaustas—protestó Duncan.

—No sé...—dijo el capitán—. Prueba de nuevo y quizá esta vez darás en el clavo.

—De acuerdo, señor—contestó Duncan.

Mientras éste pulsaba el transmisor, el capitán dijo a los hombres aplostonados en la proa del bote:

—Nos defendemos bien, muchachos. Hemos hecho sesenta millas en las últimas veinticuatro horas.

—Me temo que cuando lleguemos a la otra orilla, ya se habrá puesto rancia la cerveza—declaró Bob.

Y el capitán compartía este temor, aunque no lo dijo.



Nubes grises, despeinadas, orladas de blanco, se cernían sobre el convoy, las cuadernas de cuyos barcos crujían al ombato de las olas. El comodoro contemplaba la extensa fila de embarcaciones, con las manos metidas en los bolsillos de su suete. De pronto empuñó el micrófono, y su voz, acrecentada por los amplificadores, dominó los silbidos del aire y el rugir de las olas.

—¡Atención, «Belle-France»!... ¿Están ustedes bien? Se están rezagando mucho. Aumenten la velocidad y pónganse en posición.

El capitán del «Belle France» agitó la mano y entró en la

cabina de mando, dando un golpe en el gongo que había en la puerta.

El comodoro miró con aprensión a la maltratada y antigua nave, cuya línea de flotación casi desaparecía bajo el agua. El mar la sacudía de una manera espantosa y sus máquinas resollaban cada vez que tenía que remontar una de las gigantescas olas que se lanzaban sobre ella.

—¿Qué le habrá ocurrido?—dijo el comodoro al jefe de la escolta—. Supongo que está haciendo lo que puede. Es mucha marcha para él.

Efectivamente, a pesar de las indicaciones del comodoro, el «Belle France» se iba retrasando a ojos vistas, lo cual obligaba a que los buques que le seguían hicieran lo mismo o rompieran la formación.

El jefe de la escolta meneó contrariado la cabeza e insinuó al comodoro:

—¿Por qué no le habla en francés, señor?

—¿Francés?—exclamó, asustado, el comodoro—. ¡Tenga usted compasión! ¡No me entenderían ni jota!

—¿Por qué no, señor?—se rió el jefe de la escolta—. Quizá se animen al oírle.

—¡Quién no se arriesga no saca tajada!—dijo el comodoro, que había palidecido al escuchar la proposición.

Y el micrófono lanzó al aire el más bárbaro francés que habían escuchado los mares. El comodoro sudaba tinta, pero se animó al ver que el capitán del «Belle France» hacía ademanes que demostraban que le entendía. Pero, finalmente, se encalló su explicación.

—¡Diablos!—rugió—. ¿Cómo se dice que le adelante?

El jefe de la escolta se lo dijo riendo y el comodoro lo repitió.

El capitán del «Belle France» sonrió ampliamente y volvió a entrar en el puente de mando. El comodoro se pasó la mano por la boca y exclamó, aliviado:

—Creo que lo he conseguido, pero me ha costado lo mío.

—Se merece usted una medalla, señor—le alabó, irónico, el jefe de la escolta.

—Mejor una copita—contestó el comodoro.

Pero al ir a entrar en el interior del destructor, vió algo que

le hizo precipitarse como una centella hacia el micrófono, en tanto que indicaba al jefe de la escolta:

—¡Rayos! ¡Mire aquello!... ¡Y eso que se lo advertí tantas veces en la conferencia!

Y aquella vez habló con tanta facilidad en francés como si hubiera nacido en Francia.

El barco gale, desobedeciendo todas las órdenes, se adelantaba a los demás; por si fuera poco, su chimenea despedía verdaderas nubes de humo, divisables desde cualquier punto del horizonte...



Nuevamente el capitán del «Jasón» tenía el mapa sobre las rodillas. El bote cabeceaba como si estuviera ebrio. Masas de amenazadoras nubes cruzaban raudas el espacio y el mar tenía un inquietante color plomizo, que los hombres estudiaban entvuestos en sus mantas.

—Dieciocho días todavía—suspiró el capitán, apartando de sí el mapa.

—Dieciocho días—murmuró, pensativo, un marinero.

El capitán adivinó su pensamiento y gritó, procurando dar un timbre alegre a su voz:

—Sí, me temo que tendremos que apretarnos un poco los cinturones. Cocinero...

—Sí, señor—contestó el aludido.

—Media ración de agua de hoy en adelante.

—Muy bien, señor.

Fred, el cocinero, estaba repartiendo en aquel instante el precioso líquido, cuya dosis modificó, atendiendo a las órdenes del capitán. Alargó uno de los recipientes al marinero más cercano, diciendo:

—Es lo bastante para hacer gárgaras, muchachos. Hagámonos cargo de que ya está en danza la prohibición.

El capitán sintió un gran consuelo al ver que ninguno de los naufragos protestaba. Aun conservaba su ascendiente sobre ellos. Pero ¿cuánto tiempo lograría mantenerlo? Se levantó y anduvo hacia el hombre que estaba en el timón, diciendo:

—Está bien, contraмаestre. Ahora me toca a mí.

—Muy bien, señor—contestó el contraamaestre, cediendo el puesto— Voy a darme una vueltecita por la cubierta de primera clase.

—A castigar a las chicas, ¿eh?—dijo el capitán.

El contraamaestre se reunió con los marineros apoyados en el mástil del bote. El jefe del «Jasón» contempló a los hombres, que charlaban animadamente, y murmuró al capitán:

—Gracias a Dios que son chicos muy optimistas, capitán. Dan la impresión de hallarse en un crucero de recreo.

El capitán meneó la cabeza, pensativo:

—Sí, veremos lo que queda de su optimismo dentro de dieciocho días. Serán de prueba. ¿Conoce la costa de Irlanda, jefe?

—No, pero tengo muchos deseos de echarle la vista encima—respondió rápidamente el jefe.

—El peligro empezará cuando avistemos tierra—dijo el capitán, maldiciendo al timón, que se le escapaba de las manos—. La costa allí es muy traidora y está plagada de escollos y arrecifes. Seguramente tendremos mar gruesa en esta época del año, y, si tenemos la desgracia de dar con bajos o algo parecido, lo pasaremos muy negro y ahí se acabó.

Russell, el periodista, estaba observando con curiosidad a los marineros, sentados en torno suyo. Aquellos hombres tenían algo que se escapaba a su comprensión; algo que podía reducirse a la sorpresa de que aceptaran una vida tan dura a cambio de una paga irrisoria. Por último, no pudo contener su extrañeza y preguntó:

—¿Cuál es la razón que os empuja siempre al mar?... ¿Cuál es la tuya, Fred?

El cocinero sacudió la cabeza muy perplejo. Aquella era la pregunta que siempre se hacía, tanto al embarcar como al bajar a tierra. Y contestó:

—Francamente, no lo sé...

Cuando estaba en tierra sentía la nostalgia del mar y cuando estaba en el mar añoraba la tierra. Familia, hogar, intereses, todo desaparecía ante aquella extraña fuerza, que no impedía que amase a los suyos de verdad y que constantemente estuviera pensando en cuál sería la ocupación de su esposa en el momento que

fuere... Era algo inexplicable, aunque compartido por todos sus compañeros.

Hubo un silencio. Todos estaban pensando en los suyos. Bob levantó de pronto la cabeza y consultó el sol, que había aparecido durante un segundo entre los tropieles de nubes.

—Mediodía, ¿eh?—exclamó, pasando los labios por la lengua—. Sé bien lo que estaría haciendo ahora si estuviera en casa y apuesto a que sé lo que estaríais haciendo todos. Dime, «Peluca» ¿qué estarías haciendo tú?

Russell, a quien tan irrespetuosamente apodaba Bob a causa de lo copioso de su pelambreira, consultó su reloj y dijo:

—La una cuarenta. Estaría rondando cerca de la redacción y en un bar tomaría jugo de tomate.

—¿Un qué?—gritó Bob, estallando en una carcajada—. ¿Un tomate?

De la proa llegó un marinero con los ojos relucientes de interés e intervino en la conversación.

—He oído decir algo de bares.

—Sí, poco a poco nuestra conversación se vuelve normal—contestóle Bob.

El recién agregado al grupo prosiguió:

—Hablando de bares, ¿hay alguien que conozca «El Salvavidas» del barrio de Poplar?... ¡Qué daría yo por tomarme un doble colgado de la barra!... ¡No hay nada como nuestro viejo Londres!... Es el mejor sitio del mundo...

—A mí dame Nueva York y quedaos con Londres—repuso el pequeño camarero, sempiternamente envuelto en su manta.

—¡Bah! ¡No seas crio!—replicó el marinero—. ¿Comparas Londres con Nueva York?

Estuvieron un buen rato discutiendo las excelencias de ambas ciudades, hasta que, al fin, cansado de aquella discrepancia de pareceres, Bob se puso en pie.

—Vamos a muescar otro día en nuestro calendario—dijo, sacando un cuchillo.

—Es una buena idea, Bob. Espero que tendremos bastante palo.

Había ocho muescas en el mástil. Bob estaba tallando otra, cuando de repente se hizo un gran silencio en el bote. En las

alturas zumbaba un ruido lejano, inconfundible: ¡Era un avión! ¡Un avión que se acercaba a ellos! Todos tenían el rostro levantado hacia las nubes, a las que escrutaban con el corazón palpitante.

—¡Que alguien saque las bengalas!... ¡Rápido!—ordenó el capitán.

El jefe del «Jasón» se abalanzó hacia el lugar donde estaban las bengalas. Una caja las contenía. El candado se negaba a abrirse. El jefe maldecía. El momento era de suma tensión; todos tenían los nervios crispados.

—Debe de volar entre las nubes.

—No nos puede ver.

—¡Ahí va!—gritó Duncan.

El aeroplano brotó de entre las nubes. En su vuelo había de pasar casi encima de ellos. Los hombres empezaron a aullar y a blandir mantas, gorras, remos, cuanto encontraron a su alcance.

—¡Vamos! ¡Dose prisa con las bengalas!—chilló Ted.

Pero el aeroplano voló sobre ellos, sin dar señales de haberlos visto, antes de que el jefe hubiera sacado las bengalas. Las empuñó cuando el aeroplano se hallaba lejos, perseguido por los gritos de los naufragos.

—¡Me estoy desgastando en vano!—exclamó un marinero—. No me oirá de todas maneras.

—No—contestó el capitán, siguiendo al aeroplano con los ojos.

—Podrían comprarle unas gatas a ése de ahí arriba—murmuró alguien.

La maldición que pesaba sobre los tripulantes del bote iba a prolongarse. Se sentaron con la barbilla hundida en el pecho. Un silencio de muerte gravitó sobre la minúscula embarcación. Aquel fracaso había desencadenado el desaliento.

—No tiene importancia—aseguró el capitán—. Es una contrariedad; pero no hay que tomárselo a pecho. Tendremos muchos más desengaños antes de que, finalmente, alguien nos recoja... Así que vale más conformarse y tener resignación.

Pero hasta él mismo se dio cuenta de que su voz sonaba a falso. Al fin y al cabo, el capitán era un hombre y, como tal, estaba sujeto al desánimo.

EL PELIGRO ACECHA

El convoy había efectuado más de la mitad de su navegación y los marineros empezaban a felicitarse de poder estar tan cerca del puerto de destino, sin que nada ensombreciera su viaje: Cada vez que la radio transmitía los bailables de la B. B. C., se les antojaba que el corazón se ensanchaba en su pecho y que era imposible que les ocurriera algún contratiempo.

Pero muy distinto era el sentir de los tripulantes del bote salvavidas. Los días pasaban y la monotonía de los mismos sólo se veía distraída por algún nuevo contratiempo o por alguna privación más.

La noche decimotercera, a partir del desastre, el viento amainó y fué necesario establecer turnos de remeros para que la lancha hiciera el recorrido mínimo, estipulado por el capitán del «jasón». Naturalmente, unos hombres atreídos y mal alimentados no podían recibir con alegría aquel nuevo trabajo, que aumentaría su debilidad.

«Virutas» y un marinero remaban mientras los demás dormían o simulaban hacerlo. El segundo de los remeros exclamó de repente, irritado:

—¡Valiente idea ésta de tirar de remo a estas horas de la noche! No parece sino que estemos paseando la novia por un lago de agua dulce.

Su acento malhumorado desagradó al carpintero.

—¡Por todos los diablos, cierra el pico!— protestó el digno «Virutas»—. Si no estuvieras remando, estarías hecho un carambaro.

—¡Vaya! Ni siquiera se puede hablar.

La voz de Russell les llegó de la parte oscura del bote, rezongando:

—¿No puede un cristiano dormir tranquilo en este diantre de bote?

Los dos remeros se quedaron al pronto callados. Pero en seguida «Virutas» recobró su locuacidad para replicar:

—Si quiere, le acuno un rató...

—Tendríamos todos que estar durmiendo—siguió refunfuñando su compañero de remo.

—¡Marineros 1942! —se burló el carpintero—. Te probaría más vender mantecados en la esquina.

—¡Bah! No se puede hablar contigo. No eres más que un pedazo de ballena gruñona.

La comparación sacó de sus casillas al bondadoso carpintero, que amenazó:

—¡Cállate o te suelto un mamporro!

Su compañero optó por seguir la orden y se dedicó por entero a remar. Pasaron los minutos. Súbitamente, el capitán, amodorrado junto al timonel, lanzó un grito de aviso, que despertó a los durmientes:

—¡Alto los remos!

La barca se detuvo y todos prestaron oído. El trepidar de unos motores fué lo que percibieron. Los naufragos se frotaron los ojos sorprendidos, sin atreverse a respirar.

—¿Lo oye, jefe?—preguntó el capitán.

—Sí, eso es el rascar de los «Diesel»—contestó sin vacilar el jefe—. No puede ser más que un submarino cargando las baterías. El capitán reaccionó inmediatamente.

—¡Zambulle aquella luz de proa!—cuchicheó enérgico—. Y tú tira la gorra; no queremos que encuentren aquí a ningún oficial.

La gorra del primer oficial, así como la del capitán y la cha-

queta, fueron a parar a las obscuras aguas. La alarma duró hasta que Duncan rompió el silencio.

—Me desagrada la idea de viajar en submarino.

—No te hagas ilusiones—le informó el capitán—. Si nos descubren, puedes considerarte con los peces, porque el submarino no querrá arriesgarse a dejarnos sueltos y que luego descubramos su posición.

Lo que había dicho el capitán era lógico. Su vida pendía de un cabello. Apenas se atrevían a respirar. Inesperadamente, de la parte de proa, se escaparon unos gritos entrecortados, que les pusieron el alma en vilo, pues resonaron en el silencio.

—¿Qué pasa ahí delante?—murmuró el capitán, irritado.

—Es el enfermo, que no se encuentra bien. Está delirando.

—Dale un trompazo—ordenó el capitán.

—¿Le noqueo, señor?—preguntó alarmado el marinero.

El capitán no contestó, pero, como el que calla otorga y el herido lanzaba unas siniestras y febriles carcajadas, audibles a una milla de distancia, el marinero cerró el puño. Se oyó un golpe seco, un suspiro. El herido enmudeció.

Y en todo el mar reinó un enorme compás de espera.

* * *

—¡Dios bendiga mi alma! ¡Qué día más hermoso!—exclamó el capitán del «Leandera», que entraba en el puente de mando dando tumbos.

—Encantador—contestó irónicamente el jefe de navegación.

Ambos hombres contemplaron el tormentoso mar, que chocaba con ímpetu contra los costados de la nave. Esta se abría paso trabajosamente a través de las furiosas olas, que destellaban cegadoras al ser heridas por el radiante sol de la mañana. No tardó el capitán en darse cuenta de la anormal lentitud de su navío.

—¿A cuánto se ha reducido la velocidad, mister Rogers?

—A cuatro nudos, señor.

Se oyó el alarido de una sirena, repetido muchas veces, mientras que los buques de la escolta hacían señales con el heliógrafo. Sin saber por qué, el capitán del «Leandera», cuyo rostro había

chocado contra los cristales de la ventanilla, perdió los estribos.

—¡Voto al infierno! ¿Qué está ocurriendo ahora?

Rogers estudiaba el convoy con unos prismáticos.

—Un buque cabececa mucho — informó al capitán—. Es el «Bele France». Se ha disminuido la velocidad para que pueda alcanzarnos.

—¡Todo el camino aflojando la marcha!—gruñó el capitán, paseándose por el cuarto de bitácora—. ¡Que se vaya al infierno ese condenado «Bele France»! ¡Estamos bailando como un corcho!... Así pronto nos mezclaremos con la columna de estribor, ¡Todo a babor!

Rogers transmitió la orden al timonel, que se puso en contacto con el cuarto de máquinas, de manera que poco más tarde el «Leander» se alejaba del orden guardado por el convoy.

Esta conducta fué observada por el jefe de la escolta, desde el destructor. Apartó de sus ojos los prismáticos y preguntó secamente a su segundo:

—¿Quién es el 63, mister Martin?

—El «Leander», señor.

—Danza por todas partes—dijo el jefe de la escolta.

Se acercó al tubo acústico y sopló a través de él, produciendo un silbido de aviso. Al recibir contestación desde el interior del barco, dijo:

—¿Está el comodoro ahí abajo? Póngame con él...—y al ser obedecido, anunció al comodoro—: «Leander» 63 no mantiene su posición, señor. Da la impresión de que está fuera de control.

—Ya subo—le respondieron.

—Está bien—contestó, volviendo a su puesto de observación.

En el «Leander» no había nada que aguantase un equilibrio estable. El barco se zarandeaba como una cáscara de avellana que flotase en una palangana sacudida caprichosamente. Su capitán salió dispersado y tuvo que apoyarse en el timón.

—¡Cuidado! ¡Cuidado!—avisó al timonel.

—Ya lo sé, señor—le informó éste, desesperado—. Le he dado ya dos vueltas y media a babor y no responde muy bien.

—Entonces dèle más timón todavía.

—Ya le daré un poco más, pero temo que, si le doy demasiado, se me acabará la bitácora.

El capitán se frotó la barbilla desesperado. Rogers llegó de cubierta en el momento en que el capitán iba a mandar todo al diablo, pues tener que luchar contra un temporal con un buque rebelde es algo capaz de sacar de quicio al capitán más bragado. Por consiguiente, al ver al jefe, se precipitó en su encuentro, exclamando:

—Venga, venga, mister Rogers. Ponga el barco en su rumbo.

El delegado de la marina de guerra estudió la bitácora y observó los desesperados esfuerzos del timonel para evitar que el navio se saliera del camino estipulado. La corriente era más vigorosa que las revoluciones de la hélice, y el «Leander», excesivamente cargado, parecía un cuerpo muerto lanzado a la deriva. El único remedio para aquella situación era aumentar la velocidad del barco con lo cual se contrarrestaría la fuerza desviadora de la corriente.

—No responde al timón, señor—contestó Rogers—. No hay esperanzas de mantener la posición con tan pocas revoluciones. Tendremos que darle más.

Era lo que había supuesto el capitán antes de zarpar de Nueva York. Pero, queriendo obedecer las indicaciones tantas veces repetidas en el Almirantazgo, no era cuestión de felicitarse por haber acertado, sino de salir del brete en que se hallaba. Y sólo había una manera de lograrlo, si se quería evitar una colisión.

—Está bien —determinó el capitán—. Súbalo hasta cinco nudos.

—Muy bien, señor—dijo Rogers, que habló por el tubo—: Aumenta a diez.

Poco a poco, el «Leander» fué dejando atrás a sus compañeros de ruta. El jefe de la escolta, comprendiendo los motivos que justificaban aquel comportamiento, llamó a su segundo y le dijo:

—Jarvis, mande un mensaje al comodoro. «Número 63, «Leander», tiene dificultades y parece que no puede navegar a esta velocidad. Propongo que se adelante al convoy esta noche y se reúna con nosotros al amanecer». ¿Ya lo tiene?

—Sí, señor—contestó su segundo, dejando de escribir.

—Si se queda con el convoy esta noche, puede ocurrir una catástrofe—dijo para sí el jefe de la escolta, mientras el segundo iba a retransmitir el mensaje.

El balanceo del «Leander» había amainado bastante desde el aumento de velocidad. El capitán estudió satisfecho la espuma que el barco dejaba tras sí y el modo seguro y ágil con que cortaba las olas. Se aproximó al timonel:

—¿Qué tal andamos ahora, timonel?

—Ya empieza a ponerse a punto. Creo que podré dominarlo—replicó el interpelado.

El capitán se juntó a Rogers, que observaba inquieto el rápido caminar del buque, lo que contradecía las órdenes por él recibidas, y le dijo en son de excusa:

—Me parece que no podrá ser, mister Rogers. A esta velocidad adelantaremos al que nos precede dentro de un momento. Este cascarón se porta como un perro rabioso. A cuatro nudos somos anémicos; a cinco, impetuosos. Tendremos que reducir la marcha otra vez—concluyó, contrariado.

—Disminuir diez—transmitió Rogers.

—Sólo nos resta una cosa que hacer—prosiguió el capitán—. Irnos al diablo fuera del convoy... Mande un mensaje al comodoro y dígame que no podemos navegar a esta velocidad, y que si continúo durante la noche con el convoy, será una amenaza para el resto de los buques. Pido autorización para adelantarme y reunirme por la mañana. En caso contrario, no respondo de las consecuencias.

Rogers cogió el heliógrafo y salió a la cubierta, azotada por el fuerte viento. Manipuló el aparato enviando el mensaje del capitán; desde el destructor que iba a la vanguardia del convoy le respondieron con el mismo sistema y una sonrisa fué distendiendo las tensas facciones del jefe de navegación.

Poco más tarde entraba en el puente de mando y comunicaba al capitán:

—Ya está, señor.

—¡Excelente!—aprobó éste contentísimo.

—El comodoro acepta su sugestión. Mañana seguiremos la misma derrota.

Los ojos del capitán destellaron de alegría.

—Eso está bien. Adelante a toda máquina, señor.

Rogers repitió la orden y el buque saltó adelante como un potro encabritado. La noticia de que el «Leander» navegaba a



Pero pronto se armó la
gorda al empezar él a ha-
cer el fuego.



—De acuerdo, señor—
contestó Duncan.



—Según mis últimos cálculos estamos a mitad del camino.



—¿Dónde voy, capitán?



—¿Hay algo que sujetar a esto, caballeros?



Como buenos marinos y hombres en peligro eran sumamente supersticiosos.



Nadie hubiese dicho que la muerte acechaba a aquellos seres.



El submarino había sido por completo.



El comodoro contemplaba la larga fila de embarcaciones.



Un obús pasó silbando sobre él.



La maldición que pesaba sobre los tripulantes del bote iba a prolongarse.



El avión chocó en el centro del submarino.



—¿Un bote solo, teniente? — preguntó el capitán del submarino.



Sus tripulantes luchaban por conservar la vida.



Los marineros del «Leon»
deja estaban muy entretu-
nidos.



El monstruo de acero ve-
ría su atad.

todo marcha llenó de alborozo a los tripulantes del mismo, como pudo comprobar Griffis durante una visita de inspección al soldado, donde los marineros mataban el tiempo.

—¿Qué tal, muchachos? ¿Os encontráis todos bien?

—Hola, Griffis, viejo pillastre. Siéntate y toma una taza de té.

—Esa es una idea genial—aceptó Griffis, cogiendo una taza.

El «Leandera» dió un tumbo y luego se enderezó, siguiendo su camino, sin las vacilaciones que anteriormente le habían atormentado.

—Vaya, por fin! —exclamó un marinero—. Apretamos la marcha y muy a tiempo. Hemos estado bandeando como badajo en la campana.

El buque, obedeciendo con docilidad las voces de mando del entusiasmado capitán, viró a estribor, saliéndose de la hilera de embarcaciones y bogando veloz entre las dos divisiones, a las que iba adelantando con soltura.

—Siga recto—avisó el capitán al timonel—. Mantenerlo como está.

El timón giró dos puntos y luego se quedó fijo, sin cambiar un milímetro. El capitán se frotó las manos y gritó:

—Adelante entre las columnas... ¡Ya es tuya ahora!

—Muy bien, señor—chilló el timonel—. Esto es navegar a pecho.

Media hora más tarde, el «Leandera» había desaparecido en el horizonte.

* * *

En la oficina de escolta de convoy del Almirantazgo, uno de los almirantes estudiaba el enorme planisferio con cara preocupada, cuando entró su colega:

—¿Qué novedades hay en la carta hoy?

El segundo almirante hizo un ademán dramático, exclamando:

—Bonito racimo de jaleo hay aquí.

El primer almirante contempló con atención la región indicada por su compañero. En ella se veían los papellitos correspon-

dientes al convoy del «Leanders» y frente a ellos, en sentido vertical, las siluetas de cuatro submarinos, que, incluso en el mapa, parecían estar acechándoles. Uno de los submarinos, según las últimas noticias recibidas, estaba apartado del resto de los sumergibles, como si se dispusiera a caer sobre el convoy por el centro.

El primer almirante dió una chupada a su pipa y murmuró perplejo:

—Sí, parece una linda verbena.

—E H-4 está a punto de penetrar en la zona peligrosa.

Ambos almirantes estudiaron la situación. Si el convoy continuaba manteniendo el mismo rumbo de entoces, caería indefectiblemente en la boca del lobo. Y sólo cabía desviarlo de su ruta, aunque ello significara una lamentable pérdida de tiempo.

—Sí, tendremos que desviarlos — dijo el primer almirante, como en respuesta a sus pensamientos.

Su colega inclinó la cabeza.

—Será mejor cambiarlos de rumbo hacia aquí abajo donde parece haber una zona más tranquila.

Mientras decía esto, cambió la disposición de los papeles marcados con la cifra H-4, dirigiéndolos en dirección diagonal e inferior a la que habían tenido hasta entonces, de manera que dejasen a los submarinos en una posición más alta.

—Alrededor de 140°.

—Eso estará bien; y luego recto a la posición Y.

Los dos almirantes se pusieron de acuerdo, y el segundo llamó a una muchacha uniformada, que estaba en la sala rasgando las cubiertas de unos telegramas:

—Thompson...

—Sí, señor.

—Mande un mensaje al comodoro y al primer oficial de la escolta H-4 y repítalo al Almirantazgo...

La joven cogió unas cuartillas y se dispuso a escribir lo que el almirante le dictaba.

—Firme F. A.—siguió éste—. «A partir de ahora varíe el rumbo ciento cuarenta grados durante quince horas y después dirijase a la posición Y».

Este telegrama fué entregado al jefe de la escolta del convoy,

que lo leyó un sí no es molesto y alarmado. Después lo pasó al segundo de a bordo, que pareció compartir sus sentimientos, puesto que meneó la cabeza con aire de contrariedad.

—Esta desviación significa jaleo a la vista—comentó el jefe de la escolta.

La ansiedad y la preocupación hicieron que el jefe de la escolta se apartase nerviosamente de la ventana del puente y empezase a pasearse por éste, en tanto que exclamaba malhumorado:

—¡Ocurrir esto cuando he adelantado al «Leander»!... Debe de estar a veinte millas al Norte. No puedo hacerle señales ni mandarle tampoco una escolta...

Se detuvo frente a su segundo, en quien clavó sus furiosos ojos.

—Espero que no tendrá novedad, señor—dijo el segundo.

El jefe de la escolta se encogió de hombros y concluyó diciendo:

—Menos mal que es un buque bastante veloz... Bigman —agregó, llamando a un marinero—, mande contestación al comodoro... «Me doy plena cuenta de la situación del «Leander», pero no puedo mandarle una escolta a costa de la seguridad del convoy. Tendrá que reunirse con nosotros mañana»...

Al amanecer del día siguiente, un extraño objeto afloró a la superficie a una distancia relativamente breve del bote salvavidas. Como los ocupantes de éste estaban en su mayoría dormidos, no se percataron de la ominosa presencia del periscopio del submarino, que creían haber esquivado.

Observando la extensión marina a través del aparato óptico, estaba el teniente del sumergible. Su rostro sudoroso brillaba, mientras hacía girar lentamente el periscopio. Contempló las olas, hasta que, en uno de los giros, lanzó una exclamación y se encaró con un hombre corpulento, de pelo y barba pelirrojos, que aguardaba junto a él:

—Un bote solo, mi capitán.

—Estará viendo visiones, ¿eh?—protestó éste.

Su incredulidad estaba justificada, porque era imposible que nadie, a menos que estuviese loco, se aventurase a tanta distancia de la costa. El teniente insistió en sus observaciones, estudió las

características de la minúscula embarcación y la difusa silueta del timonel, tras lo cual anunció:

—Es un salvavidas.

—¿Un bote solo, teniente?—preguntó el capitán del submarino, substituyéndole en el periscopio.

Una vez hubo comprobado la veracidad de los informes de su subalterno, exhaló un bufido de desprecio, bñjando de paso el periscopio.

—Esa cáscara no vale nada.

El teniente lanzó una halagadora risotada ante aquella prueba de humorismo de su jefe y siguió a éste al camarote de mando.

En el bote salvavidas sólo había dos hombres despiertos: el capitán y el marinero herido. El primero había abandonado el timón para atender al herido, que deliraba de una manera espantosa, y, por tal motivo, no había descubierto el periscopio del sumergible.

El capitán pasó el brazo por debajo de los hombros del herido y le incorporó, acercando a su boca una botellita, Larson lanzó un gemido y preguntó como en sueños:

—¿Dónde estoy, capitán?

—Ya estás bien—le tranquilizó éste—, bébete esto.

—No, no, no...—rechazó el herido—. ¡Ya voy, Peggy!

El capitán le hizo beber a viva fuerza y luego le colocó sobre las mantas, donde siguió hablando y tarfullando, estremeciéndose a cada bandazo del bote. Su jefe meditó durante un segundo. El final de la tragedia se aproximaba a veloces pasos. Sujetó el timón y cruzó la barca, poniendo la mano sobre el hombro de Duncan, que dormía apoyado en la pequeña estación telegráfica.

—«Chispas», empieza a transmitir—murmuró—. «Chispas», «Chispas», «Chispas».

Le sacudió vigorosamente y el telegrafista se despertó, mirando en torno suyo hasta posar sus ojos cargados de sueño, consumido por el hambre, en la persona del capitán.

—Sí, señor—dijo, haciendo un esfuerzo.

—¿Ya te encuentras bien, muchacho?—preguntó afectuosamente el capitán.

Duncan se frotó los ojos y pareció más despejilado.

—Sí, señor.

—Empieza a transmitir.

—¿Qué haremos con las pilas, señor? No les queda mucha vida.

—Tampoco a Larson. Empieza a radiar.

Duncan agachó la cabeza, la apoyó en el aparato telegráfico y medio en sueños tecleó el mensaje de petición de socorro, que, de tan repetido, ya se había convertido en él en un segundo hábito.

Pero en aquella ocasión hubo alguien que lo captó.

Fueron los telegrafistas del submarino, que lo apuntaron rápidamente, hecho lo cual uno de ellos se presentó al capitán del sumergible, y, cuadrándose ante él, le entregó el papel, diciendo:

—Mi capitán, acaba de llegar este mensaje.

El capitán le despidió con un gesto y llamó:

—Teniente, venga usted aquí. Acabamos de recibir ahora mismo este mensaje.

Pasaron a la cabina de mando y con los instrumentos adecuados a mano, el capitán agregó:

—Tome la posición.

Le fué dictando los datos, que el teniente medía con un compás y una escuadra en el planisferio. Una vez hubo concluido el dictado, y al estudiar el resultado del mismo, el capitán se quedó perplejo.

—¿Qué raro?... ¡Es nuestra propia posición!...

Se pasó aturdimiento la mano por la frente, hasta que una súbita inspiración le hizo exclamar:

—Pero ¡claro!... Es de nuestro amigo de arriba.

—Buena jugada—dijo el teniente, riéndose con su jefe.

—No hay más remedio que subir—aseguró el capitán.

Inmediatamente fué transmitida la orden y el sumergible ascendió algunas brazas para poder obrar rápidamente, si se le ofrecía oportunidad. El bote navegaba lentamente. El capitán se apartó del periscopio, mientras se reía en silencio.

—¿Qué opina usted, mi capitán?—indagó el teniente.

—No podemos hacer otra cosa más que aguardar aquí... Y si viene algún buque largaremos dos torpedos. ¡Una trampa perfecta!

Duncan seguía pulsando en la clavija del aparato telegráfico.

De pronto notó un fallo, que le despertó por completo. La lucecita roja, que indicaba la fuerza de las pilas, parpadeaba débilmente, casi imperceptible. Duncan miró a los marineros y seguro de que nadie le oía, comunicó al capitán:

—Las pilas están casi muertas, señor. ¿Sigo transmitiendo o las reservo para más adelante?

—Sigue transmitiendo... Estamos en las últimas y temo que es ahora o nunca—le contestó el capitán.

—Sí, señor.

Por consiguiente, Duncan continuó su tecleo. De pronto notó que la clavija no le obedecía. La lucecilla encarnada parecía a punto de extinguirse. Dejó caer los brazos desalentado y miró ante sí, descubriendo que el diminuto camarero, habiendo oído el anterior diálogo, le miraba con los ojos llenos de terror...

Duncan disfrazó su desconsuelo con una sonrisa de ánimo y siguió pulsando. El chiquillo le devolvió la sonrisa y tornó a dormirse... El telegrafista dejó caer la cabeza sobre su pecho...

Sólo un milagro podía salvarlos.

* * *

En el «Leander», aunque tenían un cariz menos trágico, las cosas no iban mejor. El convoy había desaparecido como por encanto. Y el capitán, tras verificar su posición lleno de impaciencia, temiendo un error de cálculo, se llegó a Rogers, que estudiaba los confines marinos con la ayuda de un catalejo.

—No hay ni rastro, señor—informó el jefe de la navegación.

—He comprobado nuestra posición por tres veces y no pienso repetirlo otra vez—afirmó, impaciente, el capitán—. Estábamos pisando la cola del convoy a las cuatro de la madrugada y hace dos horas que debíamos establecer contacto.

Desde cubierta subió una voz poderosa advirtiéndolo:

—No hay rastro de convoy, señor.

El capitán sacó la cabeza fuera del puente de mando y ordenó:

—Está bien, joven. Abre los ojos como ventanas.

La impaciencia que consumía al capitán se acrecentaba por su impotencia en adivinar lo ocurrido, cuando la misma voz que le había hablado desde cubierta chilló al pie de la escalera:

—¡Avión acercándose por estribor, señor!

Rogers y el capitán aguzaron el oído. En efecto, se escuchaba un lejano zumbir, que iba creciendo por instantes. Rogers saltó hacia la sirena de alarma y el capitán vociferó:

—¡Zafarrancho de combate!

En un santiamén los hombres, puestos sobre aviso por la sirena, subieron a cubierta, poniéndose los salvavidas, y corrieron hacia los botes. Griffis y los artilleros prepararon el cañón y la ametralladora, en cuyas recámaras introdujeron diestramente las municiones, aguardando después llenos de ansiedad.

El capitán corría por el puente de mando; revolviendo todas las cosas, algunas de las cuales arrojaba al suelo en su búsqueda. Por último, exclamó desesperado:

—¿Dónde está mi casco?

—Aquí está, señor—respondió Rogers, ocultando una sonrisa.

El casco estaba en su sitio de costumbre. El excitado capitán maldijo su torpeza y salió a la pasarela, acompañado de Rogers, preguntando al vigia:

—¿Muy lejos?

—A estribor 50, señor.

Rogers enfocó los prismáticos en el sentido mencionado, mientras el capitán pateaba de anhelo, y finalmente anunció:

—Aquí está... Ya lo tengo.

—¿Divisa lo que es?—preguntó el capitán.

—No lo sé, señor. Podría ser un «Catalina» o quizá un «Dornier».

—Pido a Dios que no sea un «Dornier»—exclamó fervorosamente el capitán.

El avión casi volaba sobre el «Leander»; cuando Rogers gritó a los artilleros:

—Retiren la carga.

—No hay nada que hacer—gruñó un artillero—. Es un «Catalina».

Griffis dió una palmada al desanimado artillero, a quien dijo:

—No te apures, amigo. Mejor suerte la próxima vez. Dale la vuelta.

Los artilleros colocaron al cañón y a la ametralladora en su punto muerto, quitaron los proyectiles y bajaron a cubierta. El

acoplano giró sobre el buque, y Rogers, que empuñaba el heliógrafo, avisó:

—Ya se pone en posición.

—Pues vaya arriba y hágale señales—le ordenó el capitán—. Me voy a buscar las hojas de señales.

Cuando regresó a la pasarela, de uno de los lados del avión partían unos rápidos destellos. El capitán empuñó el lápiz y levantó la cabeza hacia Rogers.

—¿Qué está señalando?

—Pregunta si el barco es el «Leandera»—informó Rogers.

—Dígame lo que está transmitiendo para que yo lo pueda escribir—ordenó el capitán.

Desde la altura que ocupaba, Rogers pudo seguir al aeroplano en todas sus evoluciones e ir dictando el mensaje al capitán. Les avisaba de que tenían que reunirse con el convoy, cuya posición les indicaba con completa exactitud. El capitán dió un suspiro de alivio y casi hubiera besado al piloto del aparato.

El sol iluminaba con toda su plenitud a los tripulantes del bote salvavidas. Bob hacía una mueca en el mástil. Otro día había pasado sin esperanza. Los marineros, después de bostezar y desesperarse, comenzaron a hablar.

—¿Es el décimocuarto día, Tom?—preguntó uno de ellos a «Virutas».

—Pues no lo sé; supongo que sí—respondió el carpintero con indiferencia—. ¡Qué diantre!... ¿Qué importa que sea el décimocuarto o el vigésimoctavo?

—Es preciso mantener la agenda al día, ya lo sabes. Quizá tenga su valor si llegamos a tierra—replicó el preguntón consultando un librito—. ¡Caramba, muchachos! Hoy es mi cumpleaños y día festivo en Escocia.

—¿Sí? Te deseo muchas felicidades—exclamó cordialmente Bob.

—Muy agradecido, Bob—dijo con entusiasmo el felicitado—. Escuchad, os diré algo, muchachos. Este día siempre me ha traído suerte: encontré en él a mi mujer... si eso es una suerte. Y unos años atrás, en tal día como hoy, gané un dineral en las carreras; y hace dos años «revatuaron» a mi suegra... ¡Diablos! ¡A ver si

eso no es suerte! Y creo que seguirá la racha. Ya veréis, vendrán a recogerlos hoy; ya veréis.

Todos se rieron de la explicación; pero, más aún porque, como buenos marinos y hombres en peligro, eran sumamente supersticiosos y daban crédito a que la suerte de su amigo les iba a amparar...

Entretanto, en el «Leander», después de la marcha del avión, todo había entrado en el cauce de la normalidad. El capitán estaba contento del aviso y sentía una infantil excitación por reunirse con el convoy.

—Resulta que somos la tortuga del convoy—dijo—. Vamos a comprobar esto.

Con la ayuda de Rogers calculó su posición y la del convoy, después de lo cual ordenó al timonel que virase a estribor y que las máquinas trabajasen a la máxima velocidad.

Los telegrafistas estaban charlando cuando el segundo de ellos se puso rápidamente los auriculares, mandando a su compañero que callase. Escribió velozmente unas palabras en un parte radiotelegráfico y se lo entregó a su colega con estas palabras:

—Auxilio... Tan flojo, que casi no pude oírlo. Llévame esta nota al «viejo».

El «viejo» estaba estudiando el mapa para poner en claro la extraña situación creada por la presencia de los submarinos, cosa que él, como es de suponer, ignoraba. Indicó con el lápiz un punto del mapa y dijo a Rogers:

—El convoy debe encontrarse aquí a las cuatro. Si navegamos ciento veinte grados a doce nudos, debemos alcanzarlo alrededor de las cinco de la tarde, mister Rogers.

—Sí...

Pero el jefe de navegación fué interrumpido por la apresurada entrada del primer telegrafista. Su presencia en el puente de mando suscitó la alarma del capitán, que preguntó con sequedad:

—¿Qué ocurre?

—Un S. O. S. muy débil, señor; casi no pudimos oírlo. Parece ser que sus baterías están casi agotadas.

—Gracias. Eso es todo—dijo el capitán, despidiéndole con un gesto.

Leyó la petición de socorro, que iba acompañada de la situación exacta del bote salvavidas, y lanzó un silbido de asombro.

—El «Jasón»—exclamó—. El buque del viejo Thompson. He navegado con él hace muchos años. Es un hombre muy colosal ese Thompson.

Y agregó, inclinándose sobre el mapa:

—¿Cuál es su posición?

—55 Norte, longitud 17 Oeste—leyó Rogers.

El capitán manejó el compás y la escuadra, tomó las medidas y gritó:

—¡Caramba!... Treinta millas distante.

—Y sin auxilio—agregó Rogers.

El capitán pareció vacilar ante el empuje de encontrados pensamientos. Por una parte tenía que cumplir con su deber; por la otra había de seguir los dictados, ya no de la amistad y de humanidad, pero de la obligación moral que todo marino tiene de socorrer a sus colegas en desgracia. Se rascó perplejo la coronilla y anunció:

—Estoy por ir a buscarle.

—Es un cambio de rumbo muy grande, señor — le advirtió Rogers—. No alcanzaremos al convoy antes del cambio de derrotero de la noche, y Dios sabe dónde se encontrarán mañana.

Estas palabras sensatas decidieron al capitán del «Leander», que, dando una patada al suelo, rugió:

—¡Al diablo el convoy!... Aumente la marcha un nudo más.

Unos segundos más tarde, el «Leander» viraba, saliéndose del rumbo que había de conducirle al convoy.

El submarino, semejante a un pez carnívoro al acecho de su presa, navegaba a poca distancia del bote, ningún movimiento del cual le pasaba por alto. Toda la mañana estuvo subiendo y bajando, mientras la oficialidad oteaba el horizonte en espera de una víctima.

Los ocupantes del bote salvavidas, ignorando tanto el peligro que les acechaba, como el auxilio que estaban a punto de recibir, hacían su vida normal, si normal puede llamarse a perder lentamente las fuerzas y las ilusiones.

Como no todo iban a ser contratiempos, Larson comenzó a dar señales de que recobraba la salud. El primero en advertirlo

fuó el capitán, cuando se acercó al herido y le levantó, haciéndole beber un trago de coñac. Larson agradeció la atención, comentando:

—Gracias, señor; éste es del auténtico. ¿Cómo andamos ahora?

—Andamos bastante bien—mintió el capitán—. ¿Y tú qué tal te encuentras?

—Un poco mejor ahora—sonrió Larson—. Seguramente he dado unas cabezadas.

El capitán del «Leander» y el del submarino escrutaban la superficie del mar con creciente ansiedad. Todos los ojos disponibles de la primera embarcación escudriñaban el horizonte; el capitán y el teniente del sumergible proseguían empleando el periscopio.

—Aun no se ve nada, mi capitán—exclamó, nervioso, el teniente.

El capitán se apartó del periscopio y dijo con implacable sangre fría:

—¡Paciencia! Quizá tengamos que esperar varios días, pero espero que no.

Ni él mismo sabía lo acertado de sus suposiciones.

¡BUQUE A LA VISTA!

Llegó la hora trágica del reparto de las provisiones a bordo del bote salvavidas. La escasez de los alimentos no tenía mucha importancia, pero no así la del agua, sin la que es imposible subsistir. El cocinero hundió en el tanque semivacío uno de los recipientes de tela impermeable y lo iba a entregar a uno de los marineros, cuando el capitán avisó con aspereza:

—Desde este momento, sólo hay media ración para todo el mundo.

El cocinero vertió la mitad del contenido de la vasija impermeable en el tanque y alargó a Bob el resto:

—Ahí lo tienes, Bob.

Este miró en torno suyo y cedió a hurtadillas al minúsculo camarero su ración de agua, diciendo:

—Tómate eso, hijo. Bébete una taza de Moka con mucha calma, poco a poco, y guárdate un sorbo en la boca por si te trae suerte.

Así lo hizo el chiquillo, lanzándole una mirada de agradecimiento, que hizo ruborizar al coloso. En el bote ya no se escuchaban frases de alegría; ni se cambiaban bromas. Una negra nube se cernía sobre los tripulantes.

Mientras el submarino volvía a contemplar, con cruel impasibilidad, la desesperada situación del bote salvavidas y el capitán

del «Leander» llegaba al punto indicado por los supervivientes del «Jasón» como el de su posición, el sol enviaba sus abrasadores rayos sobre los naufragos.

La sed les corroía la boca y miraban con brutal ansiedad la inmensa extensión de agua. ¡Tanta agua y tan inútil! Russell se pasó la lengua por los labios y contempló las olas con tristeza.

—¡Qué suplicio de Tántalo!—murmuró.

—Tántalo es la palabra. Si supiéramos que en la otra orilla no hay nada, veríamos las cosas bajo otro punto de vista—declaró John—. El saber que allí hay mucho es lo que nos mata.

Incapaz de contener su agitación, se levantó y subió a las cajas apiladas al pie del mástil, desde donde podían abarcar sus ojos la inmensidad del océano.

—¡Dios mío!—gimió—. ¡Qué desierto de agua!

En el «Leander» todos estaban extrañados de no descubrir al bote salvavidas. Rogers y el capitán estudiaban las olas, hendidias por la proa de su buque, en el colmo de la sorpresa. El capitán se frotaba la barba impaciente.

—Debe de rodar por esta zona—insistió—. O yo no conozco al viejo Thompson, o no se ha equivocado mucho en sus cálculos. Forzosamente debe encontrarse por aquí. Vamos a echar otro vistazo.

Y Rogers estiró el catalejo, que nuevamente resultó inútil. Nada.

La desesperación cundía en el bote salvavidas. Todos guardaban un obstinado mutismo, luchando con sus siniestros pensamientos. El camarerito lloraba tumbado en el fondo de la barca. Sólo el capitán y Bob permanecían inalterables. El segundo se inclinó sobre el chiquillo y le dió una palmada en el hombro, aconsejándole con su habitual buen humor:

—Ánimate, hijo, que yo tengo cuerda para rato y no quiero que purgas esa cara de entierro... No parece sino que tengas paperas...

El chiquillo logró sonreír y Bob se dió por contento.

La orden del capitán del submarino de que bajasen el periscopio y la pregunta de Rogers de si habían de cambiar de rumbo, fueron casi simultáneas. El capitán del «Leander» respondió a la interrogación diciendo obstinado:

—No, siga lo mismo un par de horas hasta que yo le avise. ¿Dónde demonios estarán?... Dentro de cinco minutos bordearemos el sur de la zona. Quizá los encontremos allí.

Y, en efecto, no se equivocó. John, todavía subido en los cajones apilados al pie del mástil, percibió en el horizonte una diminuta columna de humo. Cerró los ojos, creyéndose víctima de una ilusión producida por su ansiedad. Pero cuando los volvió a abrir, no sólo persistía la columna de humo, sino que había crecido de tamaño. John notó que las piernas le temblaban y dijo con voz apenas audible al marinero que le sujetaba:

—Avisa al capitán... ¡Buque a la vista!

—¿Dónde?—preguntó alguien.

La voz del descubrimiento de John se transmitió por el bote con celeridad casi eléctrica. Todos se pusieron de pie y miraron con anhelo hacia el lugar apuntado por el índice de John, quien al mismo tiempo explicaba:

—Aquí, por el costado de estribor.

Al ver la columnilla de humo, resonó un alarido de victoria y de alegría en todo el bote. Los hombres se abrazaron y saltaron, quitándose las gorras. El bote estuvo a punto de zozobrar.

—¿No te lo dije, Tom, viejo pato?—chilló el cocinero—. ¿Qué te estaba diciendo?

Los pronósticos del supersticioso marinero se habían realizado. Pero «Virutas» no quería dar su brazo a torcer.

—No te alegres demasiado. Quizá es un buque enemigo.

—No seas tan pesimista—le riñó el cocinero—. Es uno de los nuestros.

La voz del capitán interrumpió los gritos y los diálogos.

—¡Proga, saca las bengalas!... ¡Cobra escota, que vamos a virar!

—Está bien, señor—contestó Bob, precipitándose a la maniobra.

—Bueno, muchachos, este es el final de nuestras desventuras—declaró John, ayudándole.

Súbitamente sonó un grito que les heló la sangre en las venas. Procedía de Larson que, al incorporarse, había hecho el descubrimiento que voceaba.

—¡Submarino por estribor, señor!

Bob soltó la escota y el bote dejó de virar, mientras pesaba sobre él un silencio mortal. El capitán fué el primero en recobrase del asombro y preguntó, mirando a la parte indicada:

—¿Qué has dicho?

En estribor no había nada... porque el submarino había recogido su periscopio. Bob, creyendo que su compañero había sufrido una alucinación, fruto de la fiebre que le devoraba, protestó:

—¡Ya está bien, muchacho, ya está bien!... Te encontrarás mejor cuando te encuentres calentito en un camarote y te sacudas al colete un tazón de ron caliente.

—Estaba ahí, que yo le vi bien—insistió Larson.

John, notando la inesperada gravedad del capitán, se sintió intranquilo y, para hacer callar al herido, le obligó a tumbarse y le arrojó con las mantas, aconsejándole:

—Pues ahora no se ve nada... Tranquilízate, amigo, que los submarinos te hacen ver visiones.

—Te digo que le vi tan claro como a tí.

—Seguramente soñabas despierto, muchacho. Pronto te compondremos, cuando podamos cuidarte como es debido.

La obstinación de sus compañeros en no hacerle caso, aumentó la testarudez de Larson. De un manotazo alejó a John y casi rugió al afirmar:

—Os lo digo por última vez a todos: Yo vi el periscopio de un submarino; pero, si os ponéis tan tercos, podéis creer lo que os dé la gana.

—Está bien, Larson, no te rompas más la cabeza—le apaciguó el capitán.

El herido se serenó y todos reanudaron sus faenas con vistas a alcanzar a sus salvadores. Uno de los marineros encendió una bengala y la agitó sobre su cabeza. Entonces sonó como un pistolazo la voz del capitán, ordenando:

—¡Cuidado con esa bengala, Murdock! ¡Zambúliela!

—¿Zambulliría, señor?—tartamudeó el aludido—. Quizá no nos han visto todavía.

—No tiene importancia que no nos vean, si el de ahí abajo no les ha echado el ojo a ellos.

El capitán tomó asiento, movimiento que los más imitaron,

y Murdock arrojó la chisporriente bengala al agua, murmurando:

—A mí me parece una idea muy tonta.

—¿Qué demonios de juego es éste, capitán?—chillo «Virtas»—. ¿Quiere usted pasarse aquí el resto de su vida?

El capitán no se molestó en responderle, y ordenó a Bob con firme acento:

—Alarga la escota.

—¿Por qué? ¿No vamos a virar?—se extrañó el gigantón.

—No, no viramos.

—¿Por qué diablos no?—tronó Bob.

—Porque yo mando que no—contestó el capitán secamente.

Bob soltó la escota, pero para hacer un ademán peligroso hacia el capitán. Se dominó y puso por testigos a sus compañeros de la locura del primero de a bordo, chillando:

—Bueno, si usted no quiere virar e ir al encuentro de aquel buque, pronto pondremos a alguien ahí que lo hará. ¿Qué os parece, muchachos?

—¿Qué es lo que piensa usted hacer, capitán?—gritó otro marinero.

El capitán corría peligro. Sus hombres estaban a punto de amotinarse. La única forma de que la disciplina y la prudencia fueran respetadas, era hablar con calma, intentando inculcar el sentido común a aquellos cabezotas. Y trató de hacerlo.

—Escuchad todos. Ya sabéis lo que significa si Larson no ha soñado y ha visto el periscopio de verdad.

—El no ha visto ningún submarino—objetó Barny con pasión—. Hace dos días que está delirando y todos acabaremos delirando como continuemos así.

—Muy bien; así se habla, Barny—le aprobaron.

—Todos estáis gastando mucha saliva en balde—replicó fríamente el capitán—. Escuchadme: tenéis que daros cuenta de que, si Larson ha visto el submarino, y es probable que haya muchos por aquí, aquel buque será hundido. ¿Os gustaría ver semejante cosa? ¿A ti, Barny, a ti, Evans? Lo mismo te digo, Banner... ¿No lamentaríamos todos nosotros dejar que se acercara el buque y ver cómo lo torpedean ante nuestros propios ojos, sin haber hecho nada para evitarlo?... Hablando por mí mismo, no quiero tener semejante peso en la conciencia por el resto de mi vida.

Las razonables palabras no dejaron de surtir un gran efecto a los marineros. No obstante, Ted se atrevió a contestar:

—Seguramente hay una probabilidad contra un millón de que un submarino ronde por aquí.

—Un día un submarino puede estar en cualquier parte—les avisó el capitán—. Ha podido captar nuestro S. O. S., lo mismo que cualquier otro buque. ¿Verdad, «Chispas»?

—Sí, señor.

—Os acordáis del submarino de la otra noche?—continuó el capitán—. Quizá nos siga desde hace días usándonos simplemente como cebo y ahora se le presenta la ocasión que está buscando.

—Todavía no sabemos si Larson ha visto en realidad el submarino o no—respondió Bob.

—Es muy posible que no haya visto nada; pero personalmente creo que sí—declaró el capitán—. De todas maneras no queremos riesgos.

—¿Riesgos?—repitió Bob, cegado por la ira—. ¡Son nuestras vidas las que están en juego!... ¡Y no lo vamos a permitir! ¿Me oye usted?... Ahí está usted jugando con nuestros pellejos sólo porque un tío medio loco cree que ha visto un submarino... ¡Son veinticuatro hombres, mister!

El atrevimiento de Bob dejó boquiabiertos a los demás, que empezaban a adivinar las razones del capitán y a sentirse avergonzados por su conato de rebeldía. Sólo el gigantón, más corto de alcances que sus compañeros, podía persistir en su indisciplina y, suponiéndolo así, el capitán replicó:

—¡Habla por ti mismo!... ¡Ahora escúchame, Banner! ¿Estás tú decidido a jugar con las almas que hay en aquel buque? Ya sabes lo que les ocurrió a tus compañeros del «Jasón». ¿Quieres que aquello suceda de nuevo?... Lo que es muy posible si no hacemos nada para evitarlo...

Hubo una pausa y el capitán agregó, preguntando a la mayoría:

—¿Estáis todos de acuerdo conmigo?

«Virutas» fué el primero en hablar lentamente:

—Bueno, usted nos ha traído hasta aquí, capitán, y con usted seguiremos hasta el fin.

Los demás indicaron por señas que estaban de acuerdo con el carpintero y el capitán lanzó un suspiro de alivio.

—Bien, bien—alabó—. En tal caso, sólo queda una cosa que hacer y es continuar tal como vamos. Si el submarino nos ve dirigiéndonos al buque, éste puede considerarse hundido. Abrid bien los ojos para descubrir el periscopio y, si alguien lo avista, ¡por el amor de Dios, nada de señalarlo! Solamente gritad: «¡Periscopio!»... Esta será nuestra ocasión de engañarle. Nos pondremos de pie en la proa y haremos señales en dirección contraria a la del buque. Esto engañará al sumergible el tiempo necesario para mandar un mensaje al barco... ¿Está todo bien claro?

Los tripulantes respondieron, como un solo hombre, en sentido afirmativo y cada cual ocupó el puesto que se le antojó, adoptando la más inocente de las posturas.

Bob, siguiendo a sus compañeros, se apartó de la popa y comunicó a su vecino con un bramido, que parecía el de un toro furioso:

—Era de esperar que esos condenados zorros comedores de salchichas preparasen una trastada semejante.

El capitán, que oyó la observación, sonrió. El más rebelde era el más pronto convencido.

Mientras el bote navegaba, alejándose del «Lander», el capitán del submarino indicó que la embarcación emergiese lo necesario para poder emplear el periscopio, a través del cual vió a los ocupantes del bote con las cabezas apoyadas en la borda y sumidos, en apariencia, en la mayor de las desesperaciones. El capitán sonrió con ferocidad...

Bob fué quien descubrió la salida del periscopio. Sin señalarlo, como le había sido ordenado, vociferó:

—¡Dios mío!... ¡Allí tenía razón!... ¡¡Periscopio!!

Los tripulantes del bote levantaron vivamente la cabeza y contemplaron la amenazadora barra de hierro, que rasgaba las olas como la aleta de un pez infernal. Casi pasó un minuto antes de que se atreviesen a respirar.

El capitán dedujo, por la posición del periscopio, el rumbo del submarino y su voz, aguda como un clarín de batalla, hizo reaccionar inmediatamente a sus sorprendidos hombres.

—¡Esta es una ocasión magnífica para darles el timo!... ¡Vivo!
¡Empezad a mover los brazos en dirección de la proa!

En seguida fué obedecido. Los marineros se quitaron las gorras y agitaron los brazos hacia un inocente punto del horizonte. Por millonésima vez, desde que el mundo es mundo, se demostraba la verdad del adagio: «El que a hierro mata a hierro muere».

El submarino había caído en su propia trampa... Pero antes era necesario poner sobre aviso al «Leander», que, inconsciente del peligro, navegaba hacia ellos a todo vapor.

EL TORPEDEAMIENTO

—¡Hola! ¡Aquí hay algo!—exclamó Rogers, señalando un punto del horizonte—. ¡Unos dos grados a estribor! Es una vela encarnada.

El capitán, que no tenía la vista tan aguda como el jefe de navegación, suplicó a éste:

—Déme aquel anteojo, jefe.

Lo enfocó sobre el bote y lanzó un suspiro de agradecimiento:

—¡Gracias a Dios que hemos dado con ellos!

—Y no muy desviados de su posición—se admiró Rogers—. ¡Magnífico ejemplo de navegación!

El capitán del «Leander» felicitó al del «Jason» como si éste le pudiera oír:

—¡Muy bien, Tommy!... Me apuesto la cabeza a que está en el bote. Es uno de los mejores navegantes que conozco... Un poco a estribor, timonel.

El «Leander» se desvió ligeramente y avanzó en derechura del bote. El jefe del submarino estudiaba el extraño comportamiento de los naufragos, del que sólo podía deducir una cosa, que fué la que comunicó al teniente:

—Ellos han visto algo. ¡Magnífico! No han tardado mucho tiempo —y agregó, haciendo girar el periscopio en vano—; Pero qué... ¡Eso es grande!... ¡Qué raro!... Yo no veo nada. Pero los

de arriba tienen más campo de visión. En todo caso ya veremos lo que pasa entretanto. Aprovecharemos nuestros dos últimos torpedos y entonces regresaremos a casa, ¿eh?

El teniente era, al fin y al cabo, un ser humano, de manera que exclamó:

—No está mal.

La ambigüedad de su contestación, que tanto podía aplaudir el plan del capitán, como la noticia de la vuelta al hogar permitió que su jefe la considerara de la forma más halagadora para sí mismo. Y, henchido de soberbia, ordenó que bajaran el periscopio.

El capitán del «Leander» también, aunque por otra causa, estaba asombrado de la conducta del bote, que parecía esquivar sus esfuerzos para alcanzarle. Pero la alegría de acercarse a su viejo amigo acallaba sus recelos. No le ocurría lo mismo al jefe de navegación, quien meneó estupefacto la cabeza, diciendo:

—¡Vaya!... ¡Aquí pasa algo raro! Se alejan en vez de acercarse. Pueden que no nos hayan visto... ¿Les hago señales con el pito?

—Desde luego, mister Rogers — accedió el bondadoso capitán—. Déles la bienvenida con el pito y que enfoquen la luz colorada.

El aullido de la sirena pareció resonar en el firmamento, al mismo tiempo que el parpadeo de la luz roja de aviso era percibida por los tripulantes. Lo grotesco y terrible de la situación hizo protestar a John, que aun seguía subido en los cajones amontonados junto al palo:

—¡Ya está bien, ya está bien!... Están armando más jaleo que dos perros peleándose —y agregó, bajando de su puesto de observación— ¡Tiene muchísima gracia esto! Llevamos catorce días en esta cáscara esperando socorro y, en el preciso momento que llega un buque, no lo queremos... ¡Hay que ver qué bromazos tiene la vida!

La amarga exclamación del marinero tuvo eco en los demás, que continuaban haciendo señas a una embarcación invisible. El capitán, habiendo medido las distancias, tiró de la escota y puso al bote a pleno viento.

—Por más esfuerzos que hago, siempre nos alcanza—gruñó.

—¿Por qué no emplea las bengalas otra vez, capitán?—propuso el jefe de navegación.

—No quiero arriesgarme, jefe—replicó el capitán—. Lo tomarían como una señal de socorro. Lo mejor que podemos hacer es improvisar un heliógrafo.

Mientras uno de los hombres partía en dos una lata, el jefe de navegación estudió con evidente duda las nubes que se apilotonaban en el firmamento, tamizado, muy de tarde en tarde, algún que otro rayo solar.

—Hay una probabilidad entre un millón que con estas nubes vean los destellos desde el buque—hizo observar.

—No hay más remedio que intentarlo—replicó el capitán—. No podemos hacer otra cosa... Date prisa con esa lata, Tom.

—Muy bien, señor—contestó el aludido.

Pocos segundos después, Tom entregaba al capitán un brillante trozo de lata. El primero de abordo alisó más aún la superficie de la lata con el mango de un cuchillo, miró al sol para orientarse y mandó:

—Levántate, Tom, y tú, Curtis, cúbreme por este lado.

Los dos marineros interpelados se colocaron detrás del capitán, de forma que le ocultaban totalmente al ámbito del periscopio. El capitán se arrodilló y empezó a transmitir su aviso con el rudimentario heliógrafo. No había deletreado más que una palabra, cuando una caprichosa y vasta nube tapó por completo el sol.

—¡Condenado sol!—maldijo el capitán, soltando la lata—. Se ha ocultado por media hora o quizá más.

El submarino continuaba siguiéndoles con la tenacidad de un tiburón, que aguarda con impaciencia el momento de hincar sus dientes. El capitán del sumergible no se apartaba del periscopio más que los segundos necesarios para ordenar alguna maniobra.

—¡Ya deberían estar aquí!... Estos se mueven mucho... Son muy curiosos—dijo, aludiendo a los tripulantes del bote.

Y buscando la causa de su extraño comportamiento, hizo girar el periscopio y recorrió toda la superficie marina con él, hasta que exclamó:

—¿Qué es esto?... Veo algo a lo lejos. Póngase usted aquí. El teniente le substituyó en el aparato. Y vió lo mismo que el

capitán: la columna de humo del «Leander», que ya había entrado en su campo visual.

—Parece que es humo, capitán.

—No me puedo equivocar—gritó esto—. ¡Muy a estribor!

El submarino se sumergió nuevamente, escondió el periscopio y corrió a situarse entre el bote salvavidas y el buque que acudía en su socorro. El jefe y el capitán del mismo contemplaban aún, y con creciente asombro, a los naufragos.

—¡Qué demonios de juego será éste!—exclamó Rogers, intrigado—. A estas alturas y todavía continúa alejándose.

—Probablemente estarán demasiado agotados para maniobrar el bote—supuso el capitán—. Déles dos toques más con el pito.

—Está bien, señor—contestó Rogers, haciendo lo que le decían.

Por tercera vez en pocos minutos volvió a sonar la sirena del «Leander». Los hombres miraron a su capitán, en el bote salvavidas. Estaba meditando. En efecto, ya era inútil continuar sacrificándose y había que jugarse el todo por el todo.

—Tú, Banner, y tú, Alexander, cortad el bichero en dos pedazos y atad las fundas de las mantas en los extremos—ordenó el capitán.

Los aludidos, los hombres más vigorosos del bote, comprendieron la intención del capitán y se apresuraron a obedecerle. Los demás, que asimismo habían adivinado su idea, le miraron en espera de una explicación, que él les dio inmediatamente:

—Si ahora el comandante del sumergible no ha visto al buque, os que es tonto de romate. Será lo más práctico acercarnos un poco y señalar con bandera». ¡Manteneos firmes, que voy a virar!

Esta maniobra fué vista desde el «Leander».

—¡Ah, ah!—gritó su capitán—. Nos han visto, por fin. Están virando.

—¡Ya era hora!—suspiró Rogers con descaro—. Me gustaría ver la cara que ponen esos muchachos.

—En unos minutos nos reuniremos. Voy a virar un poco y a disminuir las revoluciones—dijo el capitán, y llamó a su segundo—: Mister Thompson, váyase abajo y haga colgar una escalera

de la borda con unos cabos de cuerda. Dígame al cocinero que caliente caldo y tenga camas preparadas para esos hombres.

Mientras los preparativos mencionados por el capitán del «Leander» se efectuaban, en el bote salvavidas ya habían terminado de improvisar los banderines de señales. El contramaestre recibió la orden de subirse en unos cajones, empuñando los banderines, y miró al capitán.

—Empieza ahora. Submarino a estribor. Muy cerca.

El contramaestre empezó a agitar, con alguna dificultad, los banderines, lo cual fué percibido desde el «Leander».

—¡Nos están saludando!—dijo el jefe del buque—. ¡Por Dios, qué agotados estarán los pobres diablitos!...

Pero después, fijándose en que los «saludos» tenían un ritmo determinado, el jefe agregó:

—Parece que intentan señalar algo... Contramaestre, deme aquel anteojo.

Una vez lo tuvo en su poder, lo dirigió hacia el bote. Pero las señales habían concluido, por la sencilla razón de que el periscopio había vuelto a aparecer en la superficie, a escasos metros del bote.

—¡Qué raro!—murmuró el jefe—. Han parado.

—¿Entiende algo de lo que están diciendo?—preguntó el capitán.

—No, se detuvieron antes de enfocarlos bien. Pero, en estos casos, todo el mundo dice lo mismo. Creo que ya está comprendido.

Entre los que observaban al maltratado bote, estaban Griffis y sus artilleros. Las figuras de los naufragos eran casi perceptibles sin ayuda de prismáticos.

El submarino había parado sus máquinas, casi a flor de agua. Los ojos de su capitán relucían de excitación. Las divisiones milimétricas del periscopio cubrían ya al «Leander», dándole la distancia exacta que les separaba. Los tripulantes del bote habían sido olvidados. Había llegado el ansiado instante, tras el cual podrían emprender el regreso al hogar.

—¡Tubo torpedo dos!—aulló el capitán del submarino.

Como el blanco era seguro, dió la orden de sumergirse para coger más de lleno al «Leander».

El primero de a bordo, en el navío mercante, hizo describir una ligera curva a la embarcación, poniéndose más a la merced del monstruo de acero emboscado. Cuando hubieron sido obedecidas sus órdenes y el contramaestre estaba tomando la situación, para apuntarla en el cuaderno de bitácora, los tripulantes del bote reanudaron sus señales.

—¡Hola! Ya empiezan de nuevo—gritó el capitán, extrañado.

El jefe de navegación pegó, muy nervioso, el catalejo a su ojo y fué descifrando el mensaje.

—A... T...

—Atención—completo, alarmado, el capitán.

De pronto, el jefe lanzó un chillido que puso los pelos de punta al capitán.

—¡Ya lo tengo!... ¡Submarino!... ¡Todo a estribor!

—¿Todo a estribor?—balbució el capitán.

Rogers, sin escucharle, saltó como un tigre sobre el timón y lo hizo rodar rápidamente, mientras el capitán salía al puente. En aquel instante, el submarino hizo fuego...

El «Leander» dió un bandazo y dejó tras sí al primer torpedo. Pero el capitán del submarino había calculado bien; suponiendo que aquella sería la maniobra de su víctima, disparó otro torpedo que había de ir a chocar fatalmente contra el costado del buque.

El capitán y Rogers fueron derribados, mientras todo el buque parecía querer proyectarse a los cielos...

* * *

En el submarino no reinaba precisamente el júbilo de la victoria. El periscopio les había confesado la inutilidad de uno de sus torpedos y el capitán renegaba a causa de su fracaso.

—¡Maldita sea! Sólo un torpedo ha hecho blanco. Está tocado en la popa. Eso tardará en hundirse. Me parece oportuno acabar con ése con el cañón de a bordo.

Pero, entretanto, sólo podía hacer una cosa: esperar.

El capitán y Rogers se encontraron en el puente de mando. El segundo había comunicado al primero el resultado de sus investigaciones. El capitán meditó un momento y luego preguntó:

—¿Qué es lo que piensa usted?

—No sería justo mantener a toda la tripulación a bordo, sin saber a ciencia cierta lo que piensa hacer el submarino.

Rogers y el capitán bajaron a cubierta, por donde desfilaban, sin precipitaciones y poniéndose los salvavidas, los marineros hacia los botes, algunos de los cuales ya habían sido arriados y se apartaban del «Leander». El contramaestre recibió la orden de dirigir la operación de alejarse del buque.

—¿Estáis todos aquí?—preguntó el jefe de navegación.

—No, falta Griffis, jefe—respondió un artillero.

—¿Alguien le ha visto?

—No, señor; hace poco que he subido—informó Thompson.

—Hace media hora que Billi y yo estábamos en la plataforma y él estaba con nosotros—explicó un marinero.

—¿Ha mirado alguien en su cabina?—insistió Rogers.

—No—le replicaron varios a la vez.

—¿Quiere que vayamos a ver, señor?—se ofrecieron otros.

—No, no; no importa. Mister Thompson, que embarquen sus hombres en los botes. Y de paso coged los chalecos salvavidas.

Rogers voceó el nombre de Griffis sin resultado. La ausencia del disciplinado artillero le alarmaba, por no decir que le intrigaba. Los hombres se habían puesto los salvavidas y esperaban las indicaciones de Rogers.

—Estamos todos listos, señor.

Los marineros bajaron al bote, el último de los del barco, exceptuado el que se reservaban el capitán y el jefe de navegación. Rogers recorrió la cubierta llamando a Griffis y luego se internó en el buque, llegando hasta el pañol, cuya puerta estaba cerrada al parecer. Por consiguiente, dada la imposibilidad de que alguien hubiera tenido el capricho de encerrarse dentro del pañol en aquella situación, Rogers prosiguió su búsqueda por todos los camarotes, llamando sin cesar al pequeño artillero.

Y no obstante, Griffis estaba en el pañol, sin sentido; rodeado de una peligrosa nube de humo, producida por los gases de expansión del torpedo.

Como ya se sabe, a poco de entrar Griffis en el pañol, el torpedo chocó a poca distancia del centro del barco, o sea muy cerca del almacén. Cayeron algunos objetos, se desplomaron varias vigas, una de las cuales hirió a Griffis en el occipucio.

Perdió, por consiguiente, el sentido. Pero, a poco de pasar Rogers por el pañol, comenzó a recobrarlo; se puso en pie tambaleándose y quiso escapar. El humo lo impedía respirar y el peligro de perecer ahogado aumentaba a cada minuto.

Pero Griffis no pudo abrir la puerta, porque el choque la había desquiciado. La forzó, pues, sin resultado; como la sensación de ahogo crecía, perdió el dominio de sí mismo. Lleno de espanto busco algún objeto contundente por el pañol, tropezó de nuevo y cayó cuan largo era, tardando bastante tiempo en reponerse.

Cuando se recobró, empezó a pedir auxilio, operación que efectuaba entre toses terribles y penosos jadeos. El instinto de conservación le inspiró y, cogiendo una gran viga, embistió la puerta con ella. Pero sus fuerzas eran escasas y sólo consiguió producir un gran ruido; mas no derribar la maldita hoja de madera.

Rogers regresaba a cubierta, cuando fué atraído por los golpes propinados por Griffis. Corrió hacia el pañol, en el momento en que Griffis iba a desmayarse otra vez, y preguntó:

—Griffis, ¿estás ahí?

—Sí, señor; la puerta está atrancada.

—Apártate, que yo te sacaré en seguida.

Rogers cogió una de las hachas preparadas para combatir los incendios y acometió con ella la puerta. La madera de ésta era muy recia y pasó bastante rato antes de que pudiera ayudar a salir al tambaleante artillero, que aspiró con avidez el aire puro.

—¿Estás bien?—preguntó Rogers.

—Creo que sí—contestó Griffis.

El jefe de navegación estudió el físico del artillero, descubriendo la herida que en su cabeza había producido la caída de la viga.

—¡Vaya chichón que te sale aquí!... —exclamó—. Anda, vamos...

Una vez llegaron a cubierta, Rogers le hizo agachar detrás de un respiradero, diciéndole:

—Acerquémonos al cañón.

—¡Esta es la ocasión que he esperado durante años!—dijo Griffis fervorosamente.

Y los dos hombres, escudándose detrás de cualquier irregularidad de la cubierta, avanzaron hacia el cañón, mientras que el

capitán espiaba a través de uno de los ojos de buoy del puente de mando.

El submarino estaba rondando a una distancia prudencial del «Leander». Habían presenciado el embarque de la tripulación y la cubierta estaba desierta. El buque parecía un cadáver abandonado a las olas.

El capitán del submarino, cuando éste hubo completado una vuelta, se apartó del periscopio invitando al teniente:

—Yo no veo a nadie. En todo caso mire usted también.

El teniente le obedeció y no despegó los ojos del «Leander». Finalmente, hubo de convenir en que su jefe no se equivocaba. No obstante, era partidario de proceder con prudencia.

—Yo tampoco veo a nadie, capitán. Pero es muy arriesgado subir a la superficie.

—Hay que acabar nuestra tarea—replicó secamente el capitán, disponiéndose a mandar las maniobras necesarias para remontarse.

El instinto del teniente era más agudo que toda la experiencia del capitán, porque, en efecto, como ya sabemos, había tres hombres a bordo del «Leander». Rogers y Griffis habían llegado sin ser descubiertos a pocos metros de la plataforma del cañón. No obstante, Rogers decidió que, para obrar con cautela, era necesario dar un rodeo que les evitara el riesgo de cruzar un espacio despejado. Tenían el periscopio delante de ellos.

Dieron, pues, la vuelta establecida y, ocultándose detrás de un tanque, estudiaron la situación del mar. El submarino estaba en la parte opuesta. Sin embargo, como la plataforma del cañón estaba más elevada, Rogers avisó a su compañero:

—Andaremos a gatas por la plataforma del cañón, así no nos verán.

Subieron reptando, a fuerza de puños, hasta la plataforma. Una vez allí, era imposible que les descubriesen desde el submarino, puesto que la coraza del arma era más que suficiente para ocultarles. Griffis acarició la cureña y preguntó:

—¿Ha notado usted si la recámara está cerrada, señor?

Rogers lo comprobó. Estaba cerrada; por lo tanto, el cañón estaba cargado. Sus dedos apretaron nerviosamente el disparador, mientras murmuraba:

—Me gustaría saber lo que piensa hacer.

—Los malditos querrán asomarse seguramente—opinó Griffis—. De lo contrario, ya nos hubieran largado un papirotazo hace rato.

—No podemos hacer nada mientras estén contemplándonos con el periscopio. No nos queda más remedio que esperar.

—Estoy bien acostumbrado a esperar, porque durante la pasada guerra anduve dos años en los cazasubmarinos.

De pronto, el corazón se le paralizó. El submarino comenzaba a emerger. Había caído en la trampa, de igual manera que el «Leander». Su capitán creía que el barco estaba desamparado...

El excitado grito de aviso de Griffis puso en tensión los nervios de Rogers. Miró adelante. El submarino surgía frente a ellos. Ambos hombres se pusieron de pie, haciéndose cargo tácitamente Griffis de la tarea de cargar, Rogers de la de apuntar y disparar.

—Ahora—dijo este último.

El submarino había subido por completo, desgarrando el agua.

—Voy a ver si está cargado—dijo Griffis abriendo la recámara—. ¡Ya lo creo que está cargado, señor!... Me parecerá oír música celestial cuando este bicho haga fuego... ¿A qué distancia cree que estamos, señor?

Rogers midió el espacio que les separaba del submarino y opinó:

—A unos cuatrocientos, Griffis.

—Le voy a dar seiscientos. Luego corregiremos. ¿Qué le parece?

—De acuerdo. Apuntaré cincuenta metros delante de donde apareció el periscopio.

Mientras Griffis manipulaba en el alza, Rogers aplicó el ojo al punto de mira y, haciendo girar la manivela de la plataforma, cubrió con el cañón la proa del submarino, cerca del castillete, aun cerrado.

—Creo que así será formidable—se entusiasmó Griffis.

—¡Dios mío! ¡Qué blanco más estupendo!—chilló Rogers.

—Si andamos listos, lo será—vaticinó Griffis—. Ya sale, se ha asomado. No tardaremos mucho, no tardaremos. Ya ha salido un hombre de la escotilla de la torre... ¡Mire!

La torrecilla había sido abierta y los marineros destapaban

la boca del cañón y disponían las municiones. El corazón de Rogers palpitaba apresuradamente al decir:

—Griffis, ¡vamos a soltarle un buen bombón!

—No, todavía no, señor. Se sumergirá como un plomo al fallar el primer tiro. Es mejor esperar a que hayan salido todos los artilleros. ¡Eso va bien!... Ya han salido más ahora. Parece ser que van a montar una ametralladora, señor.

Griffis no se equivocaba. Un nuevo grupo de marineros, vigilado por el capitán y el teniente, había salido a la cubierta y acoplaba los pies de una ametralladora a los barrotes de acero, que constituían la somera barandilla del sumergible.

—Creo que éste es el momento—dijo Griffis, haciendo girar el cañón—. Yo le daré el punto preciso. ¡Ahora!... ¡Fuego!

Rogers apretó el disparador y el obús se hundió en el agua, levantando un gran salpicón, a unos veinte metros de la proa del submarino.

—Demasiado alto... ¡Ha pasado por encima!

Los tripulantes del submarino contestaron al disparo, que también fué corto. Griffis, sin dejar de charlar, metió un nuevo obús en la recámara y Rogers hizo fuego. Pero entonces el tiro resultó esquinado.

Los del submarino tuvieron más acierto y su proyectil se estrelló contra el casco del «Leander», que se estremeció como una bestia herida.

El capitán del buque mercante salió a cubierta, atraído por las detonaciones, y subió valerosamente a la torrecilla de la ametralladora, que poco más tarde mandaba un diluvio de destrucción contra el submarino.

Los marineros de éste se desconcertaron y fué preciso que su jefe les insultase para que continuasen combatiendo. Las ráfagas se sucedían sin interrupción, mezclándose con el sonido grave de los disparos de los cañones.

El capitán del «Leander» tuvo que hacer alto para introducir un nuevo cargador en la ametralladora y los marineros del submarino aprovecharon su silencio para concentrar sus disparos sobre el cañón.

Un obús pasó silbando sobre él y las balas de la ametralladora chocaron contra su blindaje, rozando los cuerpos de los tiradores.

De pronto, Griffis vaciló y lanzó un gemido, después de cargar de nuevo el cañón.

—¿Te han pillado, Griffis?—dijo Rogers—. ¿Estás muy mal herido?

—¡Haga fuego!—jadeó el artillero—. ¡Póngase al cañón (Bájelo a cien!... ¡Ya le daré!

Rogers obedeció las indicaciones de Griffis. Entretanto, la ametralladora del «Leander» tornó a escupir la muerte, haciendo desmoronarse a los marineros como muñecos de madera. La certera puntería del capitán del mercante aterró a sus enemigos, que se aturdieron sin saber qué hacer.

Rogers aprovechó su espanto para apuntar a su sabor. ¡Fuego! El obús chocó contra el centro del submarino, casi partiéndolo en dos. Y, mientras sus tripulantes luchaban por conservar la vida en un intento inútil, pues el monstruo de acero sería su ataúd, Rogers se inclinó sobre Griffis.

—Griffis... ¡Ya está listo, viejo amigo!

—¡Bravo!—dijo débilmente el heroico artillero—. ¡Digaselo a mi mujer!... ¡No llegaré para el aniversario!

Y su cabeza se inclinó a un lado sin fuerzas. Rogers le tomó el pulso. Griffis había muerto. Y éste fué el espectáculo que el alborozado capitán del «Leander» vió, cuando llegó a felicitar a los afortunados artilleros...

Aquello fué lo único que empañó el brillo de su triunfo.

Los tripulantes del «Leander» regresaban al barco, cuando el convoy decidía seguir su camino sin esperarle más...

Una hora después, los desgraciados naufragos del «Jasón» subían trabajosamente, con un calabrote ligado a la cintura, por la escala de cuerdas del buque amigo. Inmediatamente, después de los abrazos y parabienes, eran trasladados al comedor y luego a los camarotes, donde recobrarían fuerzas, la tranquilidad y el buen humor.

El último en pisar la cubierta del «Leander» fué el valeroso capitán del «Jasón». Al verle el jefe del primero dió una palmada, exclamando, con el mismo acento que si se tratara de un encuentro casual:

—¡Vaya, vaya!... ¡Mira-quién aparece por aquí!

Los dos capitanes se fundieron en un abrazo y el del «Jasón», sorprendido aún de la casualidad, dijo:

—Diantre, Jack! ¡A ti tenía que encontrarte después de tantos años!... ¡Lamento que no recibieras mi señal!

El capitán del «Leander» se encogió de hombros y replicó:

—Si no la hubiese recibido, nos pillan con dos torpedos en vez de uno.

Y pasó el brazo por los hombros de su viejo amigo, añadiendo:

—Tengo una vía de agua; pero, si resiste aquel mamparo, todo irá bien. He mandado a por un remolque, pero quizá no lo necesitaremos.

Era precisamente este optimismo lo que hacía posible el continuo transitar de los buques mercantes por la ruta del Este.

FIN

Colección JORGE NEGRETE

CANCIONERO	Canciones mejicanas	1'— ptas.
	Jorge Negrete y Amanda Ledesma	1'50 ptas.
	Creaciones de Jorge Negrete	1'50 ptas.
	Jorge Negrete: Sus nuevos éxitos	1'50 ptas.

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS 1,50 pesetas

Quando quiere un mejicano - Así se quiere en Jalisco
Diego Banderas - Perjura - Biografía de Jorge Negrete

Pronto:

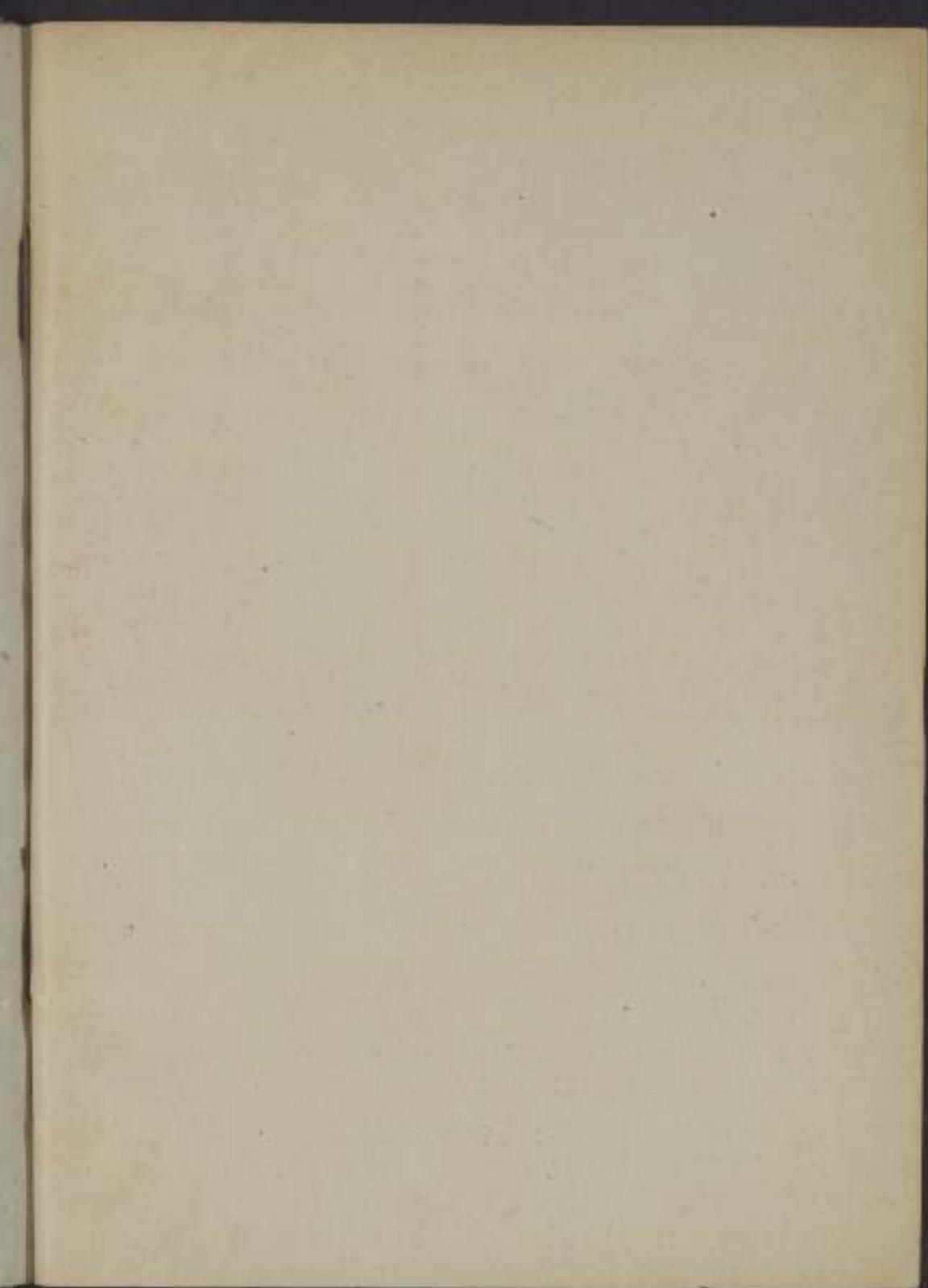
EL IMPERIO FANTASMA 3'50 pesetas

Primera parte LA CAMARA DIABOLICA

Segunda parte EL RAYO DE LA MUERTE

la fantástica novela de mayor emoción
creación del ídolo de todos los públicos

FLASH GORDON



Colección *Jorge Negrete*



Una creación de

Editorial **ALAS**

CANCIONERO

Canciones mejicanas	una peseta
Creaciones de Jorge Negrete	1'50
Jorge Negrete y Amanda Ledesma	1'50
Jorge Negrete, sus nuevos éxitos	1'50

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

Cuando quiere un mejicano	3'50
Así se quiere en Jalisco	
Diego Banderas	Pesetas
Perjuro	
Biografía de Jorge Negrete «Genio y figura»	
La venganza de Lagardere	

3 pesetas